

A close-up, profile photograph of a woman with dark, curly hair, looking upwards and to the left. Her face is partially illuminated by a bright, hazy light source, creating a soft glow. She is wearing a dark jacket and a colorful lanyard. The background is a bright, overexposed sky or light source.

La lucha es eterna

vida y resistencia
de una obrera salvadoreña

Yesenia Segovia

La lucha es eterna

vida y resistencia de una obrera
salvadoreña

Yesenia Segovia



Ediciones UO

Edición y composición: Carlos M. Rodríguez García
Cubierta: Adrian Amed Garcia Jardines
Imagen de cubierta: foto de Marta Segovia cedida por la familia

© Yesenia Segovia, 2022
© Sobre la presente edición
Ediciones UO, 2022

ISBN: 978-959-207-705-8

EDICIONES UO
Ave. Patricio Lumumba no. 507
entre Ave. de las Américas y Calle Ira
Reparto Jiménez, CP 90500
Santiago de Cuba, Cuba
e-mail: edicionesuo@gmail.com
www.facebook.com/edicionesuo
página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia *Creative Commons Atribucion-No-Comercial-NoDerivadas* (CC-BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

“La vida es eterna en cinco minutos”.
V́ctor Jara

A la memoria de mi madre, Marta Segovia, quien sigue siendo nuestra luz y nuestra gigante inspiración. Aún siento que este libro ha sido incapaz de resumir toda su magnífica vida en su paso por la tierra.

A mi bisabuela Lorenza Segovia quien siendo joven fue testigo de la masacre indígena de 1932. También a mi abuelita Martina Segovia, por haber apoyado siempre a mi madre, por haber sufrido junto a ella todas las vivencias que acá se cuentan.

Prefacio

La historia de la guerra de liberación salvadoreña aún no ha cerrado sus páginas. Ha sido escrita de manera incompleta y casi sin dar rostro a las personas que estuvieron involucradas en el proceso revolucionario, una etapa histórica que va más allá de los doce años de guerra civil (1980-1992), conflicto armado que finalmente estalla cuando El Salvador llevaba varias décadas de regímenes militares. Los cálculos más conservadores afirman que 75 000 personas fallecieron a causa del conflicto y otras 8 000 fueron desaparecidas. Estos números se vuelven más escandalosos si tomamos en cuenta que es un país con una superficie de 21 040 kilómetros cuadrados¹, y para 1980 la población no pasaba de los 4 millones y medio.

Por otro lado, es más frecuente conocer parte de esa historia a través de personajes masculinos que fueron rostros

¹ Ficha de país. Ministerio de Asuntos Exteriores, http://www.exteriores.gob.es/documents/fichaspais/elsalvador_ficha%20pais.pdf

visibles, que ostentaron cargos públicos u otros. Sin embargo, se conoce poco del aporte que dieron las mujeres a ese proceso revolucionario, especialmente de aquellas que lucharon y lo hicieron desde el silencio y la sencillez. Incluso, es difícil encontrar fotografías históricas de estas luchadoras, que aun ostentando cargos de dirección en las organizaciones sociales y sindicales, no aparecen visibilizadas. Recordar a una de estas mujeres anónimas, su fuerza y su ser invencible, es un acto simbólico de justicia en su nombre. Es, además, un aporte para que, sobre todo la juventud, conozca lo que vivió El Salvador durante el conflicto armado: torturas, impunidad, complicidades, horrores, pero también la camaradería y la solidaridad con la que se hacía la lucha, la total convicción por el cambio, por un pueblo que escalará al nivel más alto de la justicia y de la dignidad.

Este libro pretende ser el testimonio de una parte de la vida de una mujer enorme, luchadora, trabajadora, combativa, que le tocó vivir los años más difíciles de esa guerra; que enfrentó capturas, torturas, limitaciones económicas, vio truncadas sus metas académicas, pero que también vivió el amor. Tuvo una familia que hilvanó con hilos de seda, atesoró amistades valiosas y genuinas, disfrutó el sabor de ser libre, el cual solo puede tener extenso sentido cuando se ha vivido el horror de la cárcel por ser una mujer de izquierda, revolucionaria.

Empecé a escribirlo a finales de abril de 2018, suspendí porque el dolor emocional de su ausencia era fuerte. He

continuado poco a poco entre noches y madrugadas. Después de un año tan *sui generis* como el 2020, cuando el mundo entero empezó a enfrentar la pandemia de la covid-19, la muerte empezó a llevarse a tanta gente querida y sigue danzándonos tan cerca, decidí cerrar la escritura y dejar el libro hasta acá, aunque me quedaran muchas cosas que decir. Las actuales circunstancias políticas en el país son una alerta de tambores que avisan que a lo lejos podrían estarse aproximando nuevos horrores. Antes de que todo dé un giro y borren de un brochazo la historia de esa guerra civil y de nuestro proceso revolucionario, dejo este trocito de recuento de lo que se vivió en esos años, cuando una de esas miles de protagonistas se llama Marta Segovia.

Obsidiana

*“Las semillas duermen en el secreto de la tierra
durante un tiempo, hasta que, un buen día,
una de ellas despierta en una encantadora ramita
que mira hacia el sol?”*

Antoine de Saint-Exupéry

Cuando nace una lideresa, en el horizonte también nace una luz comprometida con iluminar el camino aun en los momentos de honda oscuridad. A pesar de la no concreción de la revolución salvadoreña como se esperaba, es decir, alcanzar la justicia social y la distribución equitativa de la riqueza, hubo mujeres aguerridas que estuvieron sin parar en el proceso, luchando con firmeza para que ocurriera.

Una de esas mujeres fue Marta Segovia. Era 4 de abril de 1945 cuando vino al mundo, con el cabello rizado como una parra de jade, negro como la noche sin luna, de color cedro la piel, de carácter fuerte como la obsidiana. Nació en Moncagua, San Miguel, en el oriente de El Salvador, entre el aroma de flores, limón y caña de azúcar, en una casa con paredes de bajareque, techo de tejas y piso de tierra, con un patio enorme repleto de árboles. Hija de Martina (Mamantina), una mujer de acero y madre soltera; no conoció a su padre, él abandonó a mi abuela durante el embarazo.

Por entonces, como el acceso a los hospitales era difícil, los partos se atendían por las parteras; una de ellas la recibió y cortó el cordón umbilical. Le dieron por nombre Isolina, pero en la lucha revolucionaria pasó a llamarse Marta. Aunque la vida no era fácil, puesto que la familia era de escasos recursos, un lugar sin energía eléctrica ni agua potable, mi bisabuela Lorenza —madre soltera, indígena lenca, de refajo y trenzas, linda, morena, de baja estatura— tenía un terreno poblado de árboles, flores, animales de granja y cerca había una molienda en donde hacían panela o dulce de atado.

Eran tiempos difíciles. En marzo de 1930 se había creado el Partido Comunista de El Salvador (PCS) y Farabundo Martí estaba entre sus fundadores. Ante los ojos de la oligarquía y el régimen ser pobre e indígena, eran condiciones que te hacían comunista. El PCS protagonizaba las primeras luchas de resistencia al régimen. En estas ya participaban algunas mujeres entre ellas Prudencia Ayala quien, en ese mismo año, decide lanzarse como candidata a la presidencia en un tiempo en el cual las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto².

Dos años después, el 20 de enero, se inició el levantamiento indígena contra la dictadura. Esto desencadenó la peor de las masacres.

² María Candelaria Navas: “Breve recorrido histórico de la participación de las mujeres en El Salvador”, *Revista Alternativa para el Desarrollo*, núm. 14, 2007, p. 4.

El pueblo, cansado de la miseria, de la injusta distribución de los recursos y de la represión gubernamental, decide alzarse en armas contra el dictador Maximiliano Hernández Martínez, uno de los personajes más nefastos en la historia del país, quien no dudó en reprimir el levantamiento³. No hay datos exactos, pero se especula que fueron asesinadas alrededor de 30 000 personas, entre indígenas y campesinos, cuyos cadáveres fueron incinerados para no dejar huella ni tumbas. En aquellos peores momentos de la dictadura de Hernández Martínez, el PCS había logrado tener organización en las fábricas, a través de pequeños núcleos clandestinos que incluso hacían algunas huelgas.

La situación social salvadoreña seguía siendo convulsa en la siguiente década. En 1944 se realizó la llamada huelga de brazos caídos para exigir la renuncia del dictador y brigadier Hernández Martínez; de este modo se puso fin a 13 años de represión en contra los más desfavorecidos.

Las semillas de ese levantamiento de las personas más desfavorecidas quedaron en el aire y llegaron hasta las estrellas. Cuando mi madre nació, muchas de esas semillas empezaron a desprenderse lentamente; como trigo, fueron alimentando el espíritu rebelde de aquella niña y anticipando su futuro.

Desde pequeña, Marta enfrentó la vida con sentido de responsabilidad y, a la vez, con espíritu juguetón y bailarín.

³ Roque Dalton lo describe en su obra *Miguel Mármol: los sucesos de 1932*, El Salvador, UCA Editores, 1982.

Rápidamente se incorporó a apoyar a mi bisabuela y a mi abuela en todas las tareas del cuidado. Apoyaba acarreado agua, cuidando a los hermanos y hermanas más pequeñas, alimentando a los pocos animales de granja que tenían, encendiendo el fuego de leña. En fin, colaborando con papeles que desde antes venían siendo vistos como naturales para las niñas y mujeres, estereotipos de género que más tarde desafiaría.

Fue muy querida por Lorenza, mi bisabuela. Aún recuerdo que, cuando estábamos pequeñas, mi madre nos cantaba una cancioncita en idioma náhuat —o tal vez era en lenca potón, idioma del pueblo de mi bisabuela—, nuestro idioma ancestral. Esta canción se la cantaba mi bisabuela a ella; y mi madre se la aprendió. Por los sucesos de 1932, Lorenza, al igual que la gran mayoría de población indígena, tuvo que dejar de hablar el náhuat por temor a ser acusadas de comunistas y, por consiguiente, ser reprimidas y aniquiladas.

La de mi bisabuela Lorenza, fue una generación pisoteada. Las mujeres, anuladas por completo, no tenían derecho al voto, fue hasta 1950 que pudieron votar; no heredaban, no tenían recursos propios. En el período de 1890-1930, como lo revelan algunos estudios, prevalecía una manera conservadora respecto a las mujeres, legitimando roles de género, invisibilizándolas y manteniéndolas ausentes como sujetos históricos de los procesos de reforma social⁴.

⁴ María Candelaria Navas: ob. cit., 3.

Pero ella, de alguna manera, fue una excepción. Ella sí heredó el terreno donde vivían, a su vez lo heredó a sus hijas e hijos. Mi abuela Martina heredó una porción de este terreno, pero no vivió ahí por mucho tiempo. Mi abuela se desplazó a la capital, San Salvador, con sus hijas e hijos a trabajar en casas de gente rica.

Pensándolo bien, Marta nació rodeada de liderazgos de puras mujeres luchadoras. La bisabuela Lorenza sacó adelante, ella sola, a sus hijas e hijos. Igual hizo mi abuela Mamatina, mujer sola, que usaba delantal, trabajaba la tierra, echaba tortillas para vender y lideraba su vida enfrentando la discriminación y la violencia contra las niñas y las mujeres, que en esa época era igual o peor que la que vivimos en el siglo XXI.

La infancia de mi madre estuvo entrelazada con la pobreza y la vida de campo, tomando leche de vaca recién ordeñada con tortilla caliente, comiendo miel de trapiche, pan de horno de leña que a veces cocinaba mi bisabuela. Me la imagino jugando, corriendo detrás de alguna gallina, y deseando tener cinco centavos para comprar un libro y leer. Nos contaba que cuando llovía fuerte la asustaban muchísimo los rayos, pues decía que en el campo todo se percibe de otra manera; sentía cerca los truenos, los relámpagos atravesaban aquellas paredes prácticamente descubiertas o construidas a manera de petate, entrelazadas con bahareque tupido para no dejar pasar mucha luz, ni el agua lluvia, ni las miradas externas. Marta nos contaba que en

esas casas las niñas estaban de alguna manera desprotegidas y expuestas al acoso. En más de alguna ocasión enfrentó el intento de manoseo de algún hombre; ante su grito, la bisabuela Lorenza reaccionaba en su defensa amenazando y alejando al agresor con un cuchillo o con lo que tuviera a la mano. Esa acción hacía que el agresor corriera y no intentara repetirlo. Era una forma que mujeres como mi bisabuela tenían para proteger a las niñas de aquella violencia sexual que las acechaba y que aún persiste en estos días.

Le gustaba estudiar, y con muchas limitantes económicas pudo hacer los primeros años de escuela. Como no había energía eléctrica en la casa de Moncagua, aprovechaba hasta el último rayo de sol para hacer sus tareas y las terminaba a la luz de una vela. Era feliz, pero sabía que pronto tendría que dejar todo aquello, tendría que desplazarse a San Salvador, a la capital, a 129 kilómetros de Moncagua, en donde deseaba continuar y avanzar en sus estudios. Sin duda, esas primeras letras en su pueblo natal le adelantaban su futuro lleno de avatares, de clandestinidad, de alegrías y llantos.

En la casa de la bisabuela, cuando llovía muy fuerte y la lluvia la agarraba al regresar de la escuela, se quitaba los viejos zapatos para que no se le arruinaran más. Llevaba su cuaderno y su lápiz en una bolsa plástica para que no se le mojaran; no tuvo un bolso para cargar sus cosas, pero no se avergonzaba de ello. En esa época, la educación para las niñas y las mujeres no era prioridad, mucho menos si eran de zonas rurales. Debía existir una esencia extraña en alguien

de la familia para tener el coraje y la sabiduría de mandar a las niñas a la escuela. Esa esencia la tuvieron mi bisabuela y mi abuela; vieron en mi madre una luz, las ansias por conocer las letras, los números; por ir un paso adelante de donde ellas lograron llegar. Era difícil para las niñas y las mujeres desafiar los prejuicios y mandatos sociales. Marta contaba que ella llegó a la adolescencia sin información sobre la menstruación y los cambios físicos que iba teniendo. Las adultas únicamente le decían que tuviera cuidado porque “el viejito rojo” pronto la asustaría. Ella vivía con miedo que eso pasara, no imaginaba que se referían a la menstruación, lo supo hasta que tuvo la menarquia, la cual la asustó muchísimo. Muchos años después, Marta brindó tempranamente a sus hijas la información adecuada sobre estos temas para no repetir su historia. De la infancia de Marta, podría decirse a partir de los recuerdos que ella compartía que estuvo rodeada de naturaleza, siendo este entorno propicio para ir creciendo con preguntas y curiosidades profundas, con aspiraciones de conocer qué más había fuera de ese entorno.

Marta no tuvo lujos. Su infancia, y en general su vida, fue sencilla. Por eso entendió desde pequeña que, en el mundo, lamentablemente hay grandes diferencias sociales. Esto terminó de comprobarlo cuando migró a San Salvador junto a Mamatina, quien llegó a trabajar “en casa ajena” como empleada doméstica. En una de las casas, le permitieron tener a su hija para que también apoyara en los oficios. Aquella casa era un total contraste con aquella donde había

crecido: llena de lujo, de gente rica que lo tiene todo y de sobra, con piso de ladrillos, con cerámica por todos lados, ventanas hermosas de vidrio y cortinas importadas de algún país; había energía eléctrica, agua potable todos los días; la empleada era llamada “la muchacha” o, despectivamente, la “sirvienta”, y tenían asignado un cuarto aparte para ella, fuera del sector principal de la casa. Había mucha comida que mi abuela cocinaba a la familia, mientras en el campo las niñas y los niños se debatían entre la desnutrición y la muerte.

La dueña de alguna de esas casas, al ver que de aquella niña destellaban ansias de aprender, detectó su curiosidad genuina de conocer más y de estudiar. Entonces decidió inscribirla en la escuela. Fue así que mi madre pudo sacar lo que en aquel tiempo era equivalente a un secretariado. Ella nos contaba, orgullosa, que aprendió mecanografía en una máquina de escribir enorme. Estudió en el Colegio El Espíritu Santo, solo con niñas. Era atendido por monjas las cuales reproducían los mismos estereotipos sociales, exigiendo a las estudiantes cultivar modales tradicionales para ser “buenas” niñas y “prepararse” para el matrimonio: sentarse bien, usar correctamente los cubiertos, ser serviciales y no reír a carcajadas. Aprendió muchas cosas sin dejar amarrar nunca su libertad, ni que el recato fuese su aspiración. Era una niña que crecía muy linda, inteligente e inquieta. Le gustaba arreglarse bien. La recuerdo en una fotografía en la que está sentada sobre la grama con un vestido blanco hermoso, de amplio revuelo extendido sobre el suelo, parecía una flor de la ninfa.

Aproximadamente en 1963, siendo muy joven, buscó otro rumbo siguiendo una voz que la aproximaría a una cadena de sucesos que determinarían su vida. Siendo tan lista y curiosa, ya escuchaba aquellas noticias lejanas de la Revolución cubana, oía hablar de un tal Fidel Castro (a quien años después quiso y admiró toda la vida) y de un aguerrido *Che* Guevara, de Tania la guerrillera; nombre que le gustaba mucho. Pero era tierna aún para esas cosas. Escuchaba también sobre algunas acciones de protesta que ocurrían en el país, organizadas por el Frente Unido de Acción Revolucionaria (Fuar) sin que aún alcanzara a comprender lo que ocurría en la capital.

Se trasladó a Ayutuxtepeque, un municipio del Área Metropolitana de San Salvador, buscando empleo. En ese municipio vivió toda su vida, salvo los años de clandestinidad o cuando huía de la Guardia Nacional en los años de represión. Fue en esa época de plena juventud cuando conoció a mi padre. Mientras tanto, trabajó durante algún tiempo en una de las tiendas que daba identidad en aquel momento a este municipio: El Rosario. Ella atendía a las personas y despachaba; estaba a cargo del negocio y lo asumía con responsabilidad.

Ahí empezó su historia.

Angustia de no tenerte aquí

—Sí, ¿por qué?—decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

Oscar Wilde

El contexto social, político y económico a escala nacional e internacional era cada vez más tenso en la década de los años 60. Estos años arrancaron con la Revolución cubana, en 1959, suceso histórico que influyó en los procesos sociales de diversos países latinoamericanos, entre ellos El Salvador, sobre todo por su carácter socialista y antimperialista. Inspiró la lucha que en aquel momento empezaba a hilvanar hebras en El Salvador de lo que años después sería uno de los más importantes procesos del continente. Mi madre escuchaba aquellas palabras que le despertaban reacciones, simpatía, emociones aún indescifrables: revolución, comunismo.

Mientras tanto, en El Salvador el ambiente social y político también era tenso. Dos golpes de estado habían ocurrido en menos de un año, el quinto y el sexto en lo que iba del siglo XX, en octubre de 1960 y el otro en enero de 1961. Una nueva Constitución, aprobada en 1960, abría algunas posibilidades para una participación política un poco más

amplia. Las expectativas por mejoras en la economía se hacían sentir con los primeros pasos para cambiar el modelo económico centrado en la agroexportación a uno basado en la industrialización. Este proceso iba acompañado por la precariedad cada vez peor y la exclusión económica de la mayoría de personas. Se dejaban sentir paulatinamente los gritos de liberación nacional que sonaban por aquí y por allá, aún de manera aislada y tibia. Mi madre miraba y escuchaba con asombro las noticias. Vendrían tiempos explosivos, incluso en la vida de Marta.

En 1966, nacieron sus primeras hijas: las gemelas Rosario y Milagro. Fue un parto difícil, hoy sería considerado de altísimo riesgo, atendido en casa por la partera de la familia. Por esos años, comenzó a trabajar en fábricas. Como obrera, entró en contacto con otras dimensiones de la realidad que vivía El Salvador, esto fue fundamental para empezar a despertar su conciencia e identidad de clase.

Los últimos tres años de esa década del sesenta fueron agitados. Habían prevalecido gobiernos militares. El clima era tenso por las elecciones de 1967 en las cuales se presentó el Partido Acción Renovadora (Par) considerado de izquierda. La derecha oligárquica estaba en alerta ante un posible triunfo sobre todo por el programa de gobierno de cinco puntos que proponía el PAR que incluía entre otras cosas: el desafío a la propiedad privada y una reforma agraria para dar tierra a quien la trabajaba. Estas acciones fueron tan desafiantes para el sistema que incluso la iglesia católica,

excomulgó a quienes integraban el PAR y a las personas que votaron por él. En esta votación quedó electo como presidente el general Fidel Sánchez Hernández⁵.

En 1969, Marta vuelve a quedar embarazada. Su tercera hija llegó en julio, coincidiendo con la guerra de las Cien Horas entre El Salvador y Honduras. De este último país venían huyendo compatriotas a quienes se les había despojado de sus tierras. En un esfuerzo de los militares hondureños por neutralizar al movimiento campesino de su país que demandaban la expropiación de las tierras de la United Fruit Company y de la burguesía que demandaba la salida de Honduras de la integración centroamericana por estar en desventaja con la burguesía salvadoreña quien era la más favorecida en aquel momento⁶. Mi madre irradiaba alegría por esas tres niñas. Pero su corazón iba inquietándose más y más. En ese efervescente ambiente su incursión al proceso revolucionario ya había iniciado de manera lenta pero irreversible.

Eran los agitados años setenta, otra década terrible en el convulso siglo XX salvadoreño. El contacto con la clase obrera le mostró la explotación laboral a que eran sometidos. Ella a pesar de estar ya incorporada en la lucha aún no

⁵ Carlos Eduardo Rico Mira: *En silencio tenía que ser: testimonio del conflicto armado en El Salvador (1967-2000)*, Editorial Universidad Francisco Gavidia, San Salvador, 2003, pp. 25-30.

⁶ Schafick Hándal: *Legado de un revolucionario*, tomo II, De la acción revolucionaria en camino a la lucha armada a la firma de los Acuerdos de Paz, Ocean Sur, La Habana, 2014, pp. 30-31.

asumía responsabilidades mayores, con tres hijas pequeñas y el peso de una familia conservadora cerca eran factores que como mujer organizada debía también sobrellevar. La familia de mi padre no tenía formación académica, pero sí algunos recursos (tierra, animales) y jamás la apoyarían en ninguna lucha revolucionaria. La bisabuela y el bisabuelo paterno habían sido de las primeras personas en poblar la zona; eran generosos con Marta, pero ya eran mayores y no la respaldarían de ese modo. No obstante, leía y compartía algún panfleto o documento que circulaba con consignas contra el régimen y la dictadura militar de derecha, participaba en marchas y en reuniones clandestinas en las que discutían la coyuntura del país. Su formación política empezaba poco a poco, pero con retos mucho mayores que la que un hombre organizado enfrentaba. Ellos no debían asumir tareas del hogar o el cuidado de hijas e hijos, delegaban a su pareja estas actividades. En cambio, las mujeres organizadas debían repartir su tiempo entre esas tareas, la militancia organizativa y el empleo remunerado. Desde mediados de los años setenta y ochenta, cada vez se involucraban más mujeres a las organizaciones y participaban en los movimientos sociales⁷.

Alrededor de 1970 comenzó la militancia de Marta en organizaciones sindicales que, a pesar de las fuertes medidas de presión patronal, realizaban acciones de mayor confrontación con el sistema: aparecían paredes con enormes pintas

⁷ María Candelaria Navas: ob. cit., p. 6.

revolucionarias, las reuniones eran compartimentadas⁸ con el movimiento obrero, empezaba el traslado y distribución de propaganda con llamados a incorporarse a la lucha contra la opresión.

En los primeros años de la década de 1960 el PCS enfrentó diferencias internas por posiciones respecto al método de lucha, discutían si debía ser por la vía la política y gremial, o combinar todas las formas de lucha, incluida la lucha armada⁹. Esto provocó algunas separaciones de cuadros. Como resultado, conllevó a la creación de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), en abril de 1970, una de las cinco organizaciones que conformarían en los ochenta el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), de la que también fuera fundadora. Este fue otro hito en la vida de mi madre. Ella colaboró en la fundación de esta nueva organización. Conoció a grandes líderes y lideresas como Mélida Anaya Montes, sin valorar o dimensionar su propio liderazgo, confiaba en la dirección de estas organizaciones.

Iniciando la década, en 1970 Marta ya había empezado a trabajar en la Fábrica de Productos Alimenticias Diana. Su ingreso no era casual, iba con la tarea que le habían designado de fortalecer el Sindicato de Industria de Dulces y Pastas Alimenticias (Sidpa) del cual llegó a ser su secre-

⁸ Información limitada que por razones de seguridad solo conocían las personas que participaban en una actividad.

⁹ Schafiek Hándal: ob. cit., p. 28.

taria general. Como obrera explotada, pasaba más de ocho horas de pie empacando productos que luego serían vendidos generando ganancias para los dueños de los medios de producción. Esas horas adicionales no eran pagadas por el patrono. Los horarios laborales eran excesivos. Ella debía salir de madrugada, vivíamos en zona suburbana y tenía que caminar alrededor de veinte minutos a la parada de buses. Tenía que estar en la fábrica antes de la hora de entrada para marcar tarjeta, si se retrasaba, esos minutos eran descontados de su precario salario.

En la fábrica, Marta cumplía con responsabilidad su rol de trabajadora y el de militante obrera, lo cual representaba un desafío enorme en un clima político cada vez más tenso. Para esta década de los 70, se conformó la Organización Democrática Nacionalista (Orden), la cual se dedicaba a labores de vigilancia y espionaje de personas opositoras, a quiénes en conjunto con las fuerzas militares o por sí mismas, eliminaban¹⁰. Los gobiernos militares desataban la vigilancia de las personas sospechosas de ser opositoras. Conformaban redes de espías u “orejías” tanto en zonas rurales como urbanas. Las personas que eran consideradas como sospechosas pasaban a formar parte de la “lista negra”, considerados

¹⁰ Centro para la promoción de los derechos humanos Madeleine Lagadec: *Masacres: trazos de la historia salvadoreña contados por las víctimas. Centro para la promoción de los derechos humanos*, El Salvador, 2006, p. 39.

como enemigos del orden.¹¹ Todo esto significaba peligro en la vida de las personas ya organizadas como Marta, pues las acciones que llevaban a cabo eran un claro desafío contra el régimen. A esas alturas, era insoslayable la puesta en marcha de diversas acciones que contribuyeran a propiciar la situación revolucionaria.

Para 1972, el país era gobernado por el presidente Arturo Armando Molina, quien, con apenas dos semanas de su toma de posesión, el 19 de julio, ordena una intervención militar contra la Universidad de El Salvador (UES), obligando un cierre que se prolongó cerca de un año. Estos acontecimientos mantenían al pueblo en las calles, y mi madre ya estaba ahí en pie de lucha. Nadie de la familia lo sabía aún, solo sus hijas empezaban a sospechar. Las marchas, las pintas con consignas aguerridas eran cada vez más frecuentes, bajo el riesgo de la represión que esto les significaría.

Sin embargo, el frente más difícil para batallar y para contrarrestar también al patriarcado fue, sin duda, el de su papel como compañera de vida. Sin esperarlo, un nuevo embarazo llega en 1973. La relación con mi padre ya no era funcional. La situación económica era difícil, su militancia ocupaba su tiempo, su vida política era agitada, sus tres niñas aun pequeñas, un contexto familiar adverso, con una familia paterna poco solidaria y muchas veces perversa con ella.

¹¹ Proceso-Informativo Semanal-El Salvador, C.A. Universidad Centroamericana, año 23, no. 1022, oct.30, 2002, disponible en <https://www.uca.edu.sv/publica/proceso/proc1022.html>

Así, el 2 de mayo de ese año llegué yo, su dingaringa, despeinada, inquieta y curiosa todo el tiempo. No dejo de pensar lo que para Marta representó mi nacimiento. Como feminista, como madre, lo entiendo por completo. Pienso que, si el contexto hubiese sido más justo con las mujeres en aquellos años, este último embarazo no debió proceder, era demasiado para ella y para mis hermanas. Mi nacimiento fue injusto, pues tal vez complicó más las cosas. A pesar de todo, ella siguió organizada, luchando para que algún día desaparecieran las injusticias sociales, la represión militar y la vulneración de derechos humanos de la gente más pobre. Cinco o seis años después de mi llegada finalmente se separó de mi padre.

Así era la vida de Marta, compartida entre su militancia revolucionaria y el amor por sus cuatro hijas. Pienso en este verso de un poema de Gloria Martín y musicalizado por Mercedes Sosa: “La vi doblar despacio su soledad derecha / la vi meter el hombro sin bajar la cabeza”. Efectivamente, ella enfrentaba sola la vida.

Los domingos eran de música. Ella se levantaba temprano y encendía la radiola, un aparato musical de aquellos años. Le gustaba muchísimo la música, escuchaba long plays de Carlos Gardel, Leo Marini, Elio Roca, Bienvenido Granda, entre tantas voces. Había canciones que escuchábamos junto a ella: “Las casas de cartón”, “Perdóneme tío Juan”, “Ojalá”, “Nuestro tema de amor”, “La era está pariendo un corazón”, y otras tantas que erizaban la piel más

dura en aquellos tensos días. En lugar de descansar, se afanaba haciendo las tareas de la casa que durante la semana no tenía tiempo de hacer. La recuerdo cantando alegre, y bailando tango... ¡tan bella! En tanto no estuviera en tiempos de clandestinidad, eran domingos dedicados a sus hijas, a compartir sonrisas, juegos, travesuras, complicidades. A pesar del latente riesgo para la vida, tenía esa capacidad de disfrutar con alegría y libre de temores los momentos que compartía con sus hijas. Sacaba fuerzas y energía para mantenerse en pie después de trabajar en esa fábrica por largas jornadas y participar en las actividades de la organización.

Desde mediados de la década de los 70, los escuadrones de la muerte y organizaciones como las Fuerzas Armadas de Liberación Anticomunista de Guerras de Eliminación (Falange) generaban terror por su actuar. De igual manera, los Cuerpos de Seguridad (Cusep): la Guardia Nacional, la Policía Nacional y Policía de Hacienda cometían secuestros, crímenes, torturas, desapariciones, ejecuciones¹² sembrando terror entre la población. En ese contexto de inseguridad permanente e incertidumbre se desarrollaba la lucha a la que se iba incorporando poco a poco más personas. En febrero de 1977 ocurre el fraude en las elecciones presidenciales. La dictadura militar terminó imponiendo al general Carlos Humberto Romero, cerrando de este modo los pocos espacios para una democracia incipiente.

¹² Centro para la promoción de los derechos humanos Madeleine Lagarde: ob. cit., p. 42.

Esto empujaba al pueblo a organizarse y luchar. Movimientos sociales de estudiantes, de obreras y obreros, de campesinas y campesinos, en fin, de diversos sectores, en plena efervescencia ponían a temblar al régimen. Había manifestaciones de calle a cada momento, huelgas, tomas de instalaciones, paros académicos. A la par, las fuerzas de seguridad reprimían al pueblo, golpeaban salvajemente a las y los manifestantes, cuya única arma era su conciencia de clase. Era inevitable, Marta no podía estar al margen de las mareas sociales; era una militante activa.

El 15 de octubre de 1979, ocurría otro golpe de estado. El gobierno del presidente Carlos Humberto Romero era sacudido por la juventud militar, un grupo de oficiales de promociones más recientes en la Fuerza Armada. En ese contexto, una Junta Revolucionaria de Gobierno tomó el control y el poder de manera provisional proclamando entre sus principales objetivos: el cese de la violencia y corrupción, la garantía a la vigencia de los derechos humanos entre otras¹³.

Se instala un toque de queda que genera una sensación de incertidumbre, de miedo, de paralización en la población. Mi madre empezaba a faltar con más frecuencia a casa, su militancia en la organización lo demandaba. La persecución

¹³ Comisión de la Verdad para El Salvador: *De la locura a la esperanza: la guerra de doce años en El Salvador*, 1993, p. 19, disponible en <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/elsalvador/informe-de-la-locura-a-la-esperanza.htm>

política por parte del régimen iba en aumento, por lo que la gente organizada debía tener mucho más cuidado.

En ese contexto, diferentes organizaciones hacían esfuerzos por unificarse para conformar un solo movimiento revolucionario que fortaleciera la lucha. Es así que, en enero de 1980, se hace pública la conformación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), a la cual pertenecían el Bloque Popular Revolucionario (BPR), el Frente Popular Unificado (Fapu), la Unión Democrática Nacionalista (UDN), las Ligas Populares-28 de febrero (LP-28) y el Movimiento de Liberación Popular (MLP). El 22 de enero, la CRM convoca a una multitudinaria manifestación popular, la cual fue reprimida por la Guardia Nacional (GN) y el ejército¹⁴. Marta Segovia participó en esta marcha que —como ella contaba— fue una de las más grandes de la historia del país. Ella iba en el grupo de logística y seguridad. Sabían que habría represión e iban listas y listos para reaccionar y movilizar personas heridas; la gente civil también se incorporó y respaldó, sabía que las exigencias eran justas.

En ese clima tenso, mi madre se ausentaba por varios días de casa porque tenía que cumplir con tareas revolucionarias. Su militancia en la organización le absorbía gran parte de su vida. Llegó a ser una de las dirigentes del BPR; junto a otros compañeros y compañeras realizaban tareas

¹⁴ Américo Mauro Araujo: *Antecedentes, datos y documentos sobre la fundación del FMLN*, San Salvador, 2010, pp. 1-15.

de organización de masas. Nada les detenía, ni siquiera el temor a ser denunciadas por algún infiltrado en las organizaciones. En las noches o madrugadas, salían a hacer pinta y pega (imagen 1), sorteando el peligro de ser descubiertas por alguna patrulla militar. Su compromiso era tal que ella hacía antes de decir “hagan”, reafirmaba el “hagamos”, era la primera en dar el ejemplo. Eso testimonian muchas personas que la conocieron y reafirman su liderazgo inspirador. La describen como una compañera vigorosa, activa, entusiasta, entregada a cualquier actividad asignada.



Imagen 1. Pinta elaborada por las comunidades organizadas a favor de la lucha revolucionaria durante la guerra civil salvadoreña

Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen

En aquellos años convulsos, la gente organizada tenía pocas opciones. Los riesgos aumentaban. Muchas personas empezaron a irse a la clandestinidad, entre ellas mi madre; esto significaba alejarse de la familia para no ponerla en peligro.

En más de una ocasión la vimos aparecer en las noticias de televisión sentada en la mesa de dirección hablando sobre la toma o huelga que se estaba realizando en alguna fábrica. Tenía su pañoleta cubriendo la boca y una gorra. Era nuestra madre, la reconocíamos de inmediato. Su voz, para nosotras, era única, éramos capaces de identificarla a través de ese pañuelo negro. Puedo recordar la mezcla de emociones que sentía al ver esa imagen en plena televisión: un grupo de personas cubiertas del rostro denunciando la violencia, la explotación del régimen, llamando al pueblo a organizarse; la vocera, una mujer tan conocida por nosotras. Yo me sentía orgullosa, emocionada, y a la vez con miedo por lo que podría pasarle. Marta, participó en la toma del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, usaba el megáfono y denunciaba la explotación laboral; exigían jornada justa, salarios dignos, respeto a sus derechos sindicales y laborales. Invitaba al pueblo a organizarse para luchar contra la tiranía, a hacer actos de resistencia, a denunciar la injerencia del gobierno norteamericano en los asuntos internos de nuestro país. La consigna “¡Yankees, go home!” (imágenes 2 y 3) se había posicionado, era escrita en las amplias paredes del centro de San Salvador y las organizaciones sindicales también la hacían propia en su lucha.



Imagen 2. Pinta en la embajada norteamericana en plena guerra civil salvadoreña

Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen

Participó en la toma de las embotelladoras La Constanza y Tropical, dos de las empresas más poderosas de entonces. Cerraban las fábricas y detenían la producción por un determinado tiempo. Eran medidas de presión para que los patronos cedieran a las demandas de las trabajadoras y los trabajadores, detener la presión y el hostigamiento por su militancia obrera.

La lucha de estos sindicatos trascendía las simples demandas por prerrogativas personales. Las luchas eran por la colectividad, alineadas con el contexto político que se vivía



Imagen 3. Actividad de protesta frente a embajada norteamericana
Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen

en el país, es decir, en sintonía con la lucha por la liberación nacional de un pueblo pisoteado por el imperio, por los militares y la oligarquía. En ese sentido, Marta contribuyó siempre a fortalecer la organización y la lucha sindical en es-

tas fábricas. Durante estas tomas, aprovechaban para discutir la coyuntura, revisar la estrategia de lucha, las medidas a seguir. Esas tomas de fábricas significaban arriesgar su vida. Una de sus compañeras y amiga de aquellos años cuenta que en una de las huelgas de la fábrica Diana, una tanqueta militar se paró enfrente de la fábrica, apuntando a Marta y demás dirigentes que estaban en primera línea denunciando la represión. Ni esa tanqueta intimidó su voz y moral.

Durante esas acciones de la clase trabajadora, el ejército se instalaba en las calles, enviaban a la fuerza armada, presionaban para que entregaran las instalaciones, mandaban a la fuerza aérea a sobrevolar las fábricas. Nunca lograron doblegar a esta gente combativa. En varias ocasiones, los dueños de la fábrica Diana intentaron sobornar a Marta, ofreciéndole mandarla a otro país junto a sus hijas, le prometían casa, dinero, boletos a cambio de dejar el sindicato, sabían que su liderazgo era un motor clave. Buscaban descabezar la organización, apartar a las personas que dinamizaban y conducían la lucha. Jamás aceptó ningún chantaje.

En junio de 1980, la CRM y la Coordinadora Político Militar (CPM) convocaron a una huelga nacional que paralizó al país. En agosto de ese año, se llevó a cabo otra huelga que duró tres días. El país ardía por todas partes. Marta, que participaba en esas actividades, se veía desmejorada, había perdido peso, durante las huelgas solo se alimentaba con agua y dulces. Cuando finalizaban las huelgas, llegaba a casa siempre con una sonrisa y un beso para sus hijas, nunca parecía

enojada, nunca la vimos que llevara la asfixia del día a día. Nos besaba, se bañaba, dormía un rato, luego jugaba y conversaba con nosotras.

Eran días lejos de casa sin ver a sus niñas. Sin embargo, toda su conciencia de clase y combatividad era expresada en cada consigna que gritaba desafiando al régimen. El gas pimienta que les lanzaban era contrarrestado con pañoletas negras que decían “Patria libre o morir”. Ese liderazgo inspiraba a otras personas a unirse. Ella siempre era muy dinámica, entregada, trabajando en el tema político y organizativo. De esto hay testimonios de personas que, al preguntarles ¿cómo fue que usted se organizó?, respondían: “Por Martita. Ella nos llamaba, conversaba, nos hacía conciencia de manera clara y entendible”. Decían: “Martita siempre tuvo una actitud bien aguerrida; siempre decía: ‘Hay que hacer esto o aquello’, pero ella ya estaba haciéndolo, dando el ejemplo; ‘Hay que participar en esta toma’, y ella ya estaba adentro con el megáfono”.

En ese contexto, participó en la toma de la iglesia El Calvario. Demandaban de las iglesias en general, pero en particular de la católica, un papel activo y de denuncia de las injusticias que ocurrían. Exigían pronunciarse por los asesinatos que los escuadrones de la muerte cometían, por las desapariciones que hacía la guardia de las personas opositoras, exigían libertad para las presas y presos políticos de la guerra salvadoreña. La voz sonora profunda de mi madre se hacía sentir a través de aquellos altavoces.

Entre los años 1979 y 1982, participó en tomas de radios para divulgar el mensaje y denunciar la represión contra el pueblo organizado. Se hacía un colectivo, de manera rápida, cada quien desempeñaba un papel distinto en la acción: unos llevaban los casetes con los mensajes previamente grabados o leían el mensaje en directo en la cabina de la radio, mientras camaradas daban seguridad y protegían a quienes estaban dentro. Luego aparecía la noticia: “La Radio X fue tomada por subversivos, quienes cubiertos del rostro y armados irrumpieron para lanzar un mensaje de insurrección a la población”. Estas acciones se realizaban en contextos de alta represión por parte de los cuerpos militares.

Según la Comisión de la Verdad¹⁵, la instauración de la violencia sistemática, el terror y la desconfianza en la población civil salvadoreña, fueron rasgos esenciales en los primeros tres años de la década de los 80. La desarticulación de cualquier movimiento opositor o disidente por medio de detenciones arbitrarias, asesinatos, la desaparición selectiva e indiscriminada se convirtieron en prácticas comunes.

En ese contexto, se fundó el FMLN como una organización político militar, que aglutinaría a las cinco organizaciones PCS, FPL, ERP, RN y más tarde el PRTC. Se hizo pública esta noticia el 10 de octubre de 1980, a través de una conferencia de prensa. Esta noticia ocupó la primera plana de distintos periódicos a nivel nacional e interna-

¹⁵ Comisión de la Verdad para El Salvador: ob. cit., p. 18.

cional¹⁶. El FMLN, ya como organización armada llevó a cabo la primera gran ofensiva militar, que tuvo lugar el 10 de enero de 1981. Marta participó en ese suceso histórico. Se ausentó de la casa por varios días, con anterioridad se había asegurado que tuviéramos algo de comida y bebida reservada por todo lo que se avecinaba. Nunca nos dijo de lo que se trataba, como medida de seguridad nunca hablaba nada de su vida en la organización, ni de las actividades que realizaban. Ella participó en esta primera ofensiva con tareas logísticas apoyando el traslado de pertrechos, de algunos víveres, buscando casas de seguridad a donde llevaría a camaradas que resultaran heridos. La comandancia general decidió salir del país días antes como una manera de estar seguros y poder dirigir desde afuera. Se salvaron, pero muchos no tuvieron la misma suerte.

Recuerdo ese contexto con nitidez porque vivíamos cerca del cerro El Carmen, en Ayutuxtepeque. Era zona de tránsito tanto del ejército como de la guerrilla. Cuando la ofensiva ocurrió, hubo explosiones y balaceras cerca de casa. Recuerdo el pánico y a nosotras con mis hermanas debajo de la cama, porque las balas desperdigadas pasaban silbando. Ese día vimos pasar una columna de combatientes del FMLN: mujeres y hombres jóvenes, rebeldes. Después, el ejército irrumpió en las casas, incluida la nuestra, buscando a subversivos.

¹⁶ *Ibidem.*

Esa ofensiva fue un hito, puso a temblar al régimen. Se buscaba tomar el poder por la vía armada, derrocar del poder a las fuerzas enemigas, a la dictadura militar y a la oligarquía¹⁷. Era una lucha ya definida como antimperialista y de liberación nacional. Si bien no se logró concretizar —pues se esperaba una insurrección, que por diversos fenómenos no ocurrió—, sentó un precedente y la consolidación del proceso revolucionario que ya aglutinaba a más personas; marcó el inicio de la guerra popular revolucionaria. Esa primera gran ofensiva también dio como resultado que el 28 de agosto de 1981 se firmara la Declaración franco-mexicana sobre El Salvador, la cual reconocía al FMLN y su alianza con el Frente Democrático Revolucionario (FDR), como una fuerza política y representativa y no como un grupo irregular o vandálico, como el régimen pretendía para deslegitimarlo y justificar la agresión. Los gobiernos de México y Francia, emitieron el “(...) reconocimiento que la alianza entre el FMLN y el FDR, constituía una fuerza política representativa dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ella se derivan”.¹⁸ Este fue un hecho sin precedente y un posicionamiento claro que contribuía a legitimar la lucha. Muchos países se unieron posteriormente a esta declaración, la cual marcó la manera en la que veían el conflicto salvadoreño y al FMLD-FDR como fuerzas representativas. De este

¹⁷ Schafick Hándal: ob. cit., p. 80.

¹⁸ Ana Covarrubias: “La declaración franco-mexicana sobre El Salvador”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, número especial, 2013, pp. 39-62.

modo, se abrieron espacios para que el FMLN-FDR tuvieran representantes en cada uno de sus gobiernos¹⁹.

El conflicto salvadoreño iba en escalada más personas y en particular mujeres iban incorporándose a los frentes de guerra. Según algunos datos, las mujeres involucradas en la guerra representaron el 30 %. Entre los roles que desempeñaron estaban: radistas, brigadistas de salud, cocineras, combatientes, organizadoras de masas, logistas; y un mínimo porcentaje las que ocuparon puestos de poder y dirección²⁰.

Marta, asumió roles de organizadora de masas y el de logista. Estuvo clandestina en el volcán de Santa Ana y en el de San Salvador, este último al pie de la capital. En esos frentes era parte del ejército revolucionario, en el que luego tuvo responsabilidades logísticas, combinando el trabajo en la montaña con el de la ciudad; allí los militantes se jugaban la vida en los combates, la movilización de los heridos en operaciones militares, entre otras tareas. En este momento, era irreversible la lucha armada. Pasaron de ser luchas sociales, obreras, estudiantiles, a ser una lucha armada que ni los millones diarios en ayuda militar que enviaba Estados Unidos al régimen salvadoreño pudieron detener.

El gobierno del presidente Reagan dotó al ejército salvadoreño de armas, helicópteros, de entrenamiento contra-

¹⁹ Schafick Hándal: ob. cit., pp. 102-107.

²⁰ María Candelaria Navas: ob. cit., p. 6.

insurgente²¹. La injerencia de los EE.UU. se materializaba tanto a nivel militar, como propagandístico y diplomático, así como en el envío de asesores militares para entrenar a las fuerzas armadas. Promovían la idea que la guerra salvadoreña estaba enmarcada en una conspiración comunista dirigida desde la Unión Soviética, impulsada desde Cuba, y llevada cabo por sandinistas nicaragüenses. Asimismo, enviaba delegaciones por el mundo en donde presentaba supuestas pruebas de que Rusia y sus aliados (Vietnam, Etiopía y Cuba) proporcionaban armamento al FMLN, introduciéndolos por Nicaragua²².

Años antes de aquella primera ofensiva, mi madre había sido capturada por primera vez. Cuando ella salió de la cárcel tuvo que dejarnos por buen tiempo. No podía llegar a la casa, no podía vernos, todo por razones de seguridad.

Éramos unas niñas y habíamos aprendido a militar desde el silencio para proteger nuestras vidas y la de nuestra madre. Ella se desesperaba por vernos, que era otra forma tal vez más dolorosa de estar capturada. Sin embargo, se las ingeniaba para buscarnos en la escuela —pública, como todas las hijas e hijos de familias obreras de clase trabajadora que no tenían una mejor opción educativa—. Recuerdo una tarde que, recién salida de prisión, llegó a buscarnos arriesgándose a que fuese la última vez, si la guardia la hu-

²¹ Ídem.

²² Ignacio Martín-Baró: “La Guerra civil en El Salvador”, *Estudios Centroamericanos*, vol. 36, no. 387-388, 1981, pp. 26-27.

biese emboscado seguro nos mataban a las cinco. El hijo de Antonia Cabrera —una señora combativa cuya casa era de seguridad y resguardo, a la que mi madre llegaba con frecuencia—, llegó a avisarme, sus palabras fueron: “Allá afuera está tu mamá”. Empecé a correr. Mi madre estaba afuera y el camino era eterno hasta llegar a ella.

Cuando nos vio —a sus cuatro niñas—, nos estrechó en sus brazos aún morados por las torturas. Nos besaba, nos preguntaba cómo estábamos, nos decía que nos quería, que nos cuidáramos, que nos portáramos bien. Duró solo un momento ese encuentro, pero fue eterno. Como dice Víctor Jara en su canción “Te recuerdo Amanda”: “Son cinco minutos. La vida es eterna en cinco minutos”. Años después, justo por esos recuerdos y vivencias, asumí ese nombre como uno de mis seudónimos. Amanda era, no un nombre, era un vínculo, un sentimiento, una idea llena de amor. Era mi madre arriesgando su vida para vernos cinco minutos; éramos nosotras corriendo por la escuela para llegar afuera a encontrarnos con ella. Sonaba la sirena, se acababa el recreo, debíamos volver, ella tenía que regresar a su lugar clandestino. Éramos felices las cinco, eran cinco eternos minutos de felicidad que nos hacían florecer.

Esa fue una época triste y amarga, a la vez forjaba nuestro carácter. Como niñas necesitábamos a nuestra madre, y aunque mis hermanas mayores asumieron nuestro cuidado, ellas eran pequeñas también. Estábamos conscientes de todo lo que ocurría a nuestro alrededor, comprendíamos la

razón por la que estábamos lejos de nuestra madre. Aprendimos que el silencio es valioso, que no debíamos pronunciar ni una sola palabra que nos pusiese en peligro, por ejemplo, decir justicia, compañero o compañera, organización.

Nos acompañaba un temor indescriptible, era vivir en alerta sin dejar de jugar y reír. Recuerdo una vez que, al llegar a mi escuela, las paredes estaban con pintas; se me quedó grabada una que decía con letras mayúsculas y grandes: “Muerte a los orejas y a Noé Martínez por traidor”. Orejas, llamaban a las personas civiles que hacían trabajo clandestino, de espionaje a favor del régimen, de persecución a los opositores, para luego “ponerles el dedo” y que los escuadrones de la muerte las desaparecieran o el régimen las capturara y las asesinara. Este señor era el director de la escuela y, según rumores, era informante de la Guardia Nacional. Puesto que algunos docentes de mi escuela estaban afiliados a la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (Andes 21 de Junio), al parecer él les intimidaba y censuraba por estar organizados. Recuerdo haber visto en la televisión al profesor de música, había sido capturado por la Guardia. Cuando regresó a la escuela estaba desmejorado, se le notaba la tortura por todos lados. Nunca supe si en verdad el señor director era lo que decían, pues estuvo al frente de la escuela por varios años.

El 16 de julio de 1979 las maestras y maestros organizados en Andes 21 de junio pararon sus labores. Fueron más de 18 000 quienes atendieron el llamado al paro. Fue una

histórica acción política que golpeaba con fuerza a la “tira”, como se le decía a la tiranía; mi madre la usaba siempre en voz baja. Ella nos decía “La tira está haciendo tal cosa”, “La tira hizo esto con estas personas. La tira, la tira”. Marta, junto con el sindicato, respaldó este paro de labores, repartieron volantes para dar a conocer las razones de la actividad, entre otras actividades.

La represión crecía en El Salvador. Entre 1980 y 1983 ocurrieron varias masacres contra la población de áreas rurales. En mayo de 1980, militares y paramilitares salvadoreños y tropas hondureñas consumaron el exterminio de más de 600 personas civiles en las márgenes del río Sumpul. En diciembre de 1981, aproximadamente mil personas entre ellas niñas y niños, fueron asesinadas en el caserío El Mozote, por tropas del Batallón de Infantería Atlacatl. En agosto de 1982, centenares de civiles fueron asesinados en el lugar conocido como El Calabozo, por tropas del propio Batallón. En febrero de 1983, tropas del ejército llevaron a cabo la conocida masacre de Tenango-Guadalupe. Según las fuentes, el teniente coronel Domingo Monterrosa Barrios, comandante del Batallón Atlacatl, fue uno de los principales responsables de estos exterminios masivos. Monterrosa y otros altos militares responsables de estas masacres, fueron asesinados en octubre de 1984 al estallar el

helicóptero al momento del despegue, a causa de un atentado con explosivo ocasionado por la guerrilla del FMLN²³.

En medio de ese vendaval, conservo recuerdos llenos de amor maternal. A Marta no le gustaba mucho su cabello rizado; las noches que estaba en casa se ponía unos rulos enormes para alisárselo un poco. Había mucha presión para responder a estereotipos de belleza: mujeres rubias, cabello lacio, altas, delgadas. Las mujeres morenas, como mi madre, tenían que lidiar contra esas marcadas discriminaciones de género, de clase y de etnia. El proceso revolucionario contribuyó a la toma de conciencia de clase, pero poco o nada por batallar contra esas otras desigualdades tan oprobiosas que enfrentaban sobre todo las mujeres a las que se les exigían estándares de belleza y de sumisión con los que se vulneraba sus derechos. Ella luchaba contra eso, pero no era fácil en un país tan machista.

En ese ir y venir, Marta dio a luz a un pueblo, lo acarició con su afecto y su lucha. Como dijera el padre Raúl —un argentino que junto a la hermana Lidia lleva mensajes de amor de la virgen de Luján a distintos países—: “Martita es un ser extraordinario que se adelantó a monseñor Romero”, esto por los años en los que Romero aún no veía la luz ni entendía los mensajes que el proceso revolucionario enviaba. Me atrevería a decir que le llevó parte de esa luz a Romero. Años después, ella contaba de las reuniones con monseñor

²³ Centro para la promoción de los derechos humanos Madeleine Lagac: ob. cit., pp. 24-26.

Romero para reclamar que por qué no se pronunciaba contra la represión del régimen, para cuestionarle por qué hablaba de Dios sin materializarlo, sin ponerse al lado de la gente más pobre; y le pedían que fuese a visitar a las presas y presos políticos. Por aquél entonces, año 1977, Monseñor Romero, era nombrado arzobispo de San Salvador, y representaba el ala conservadora de la Iglesia. Su transformación vino un poco después.

Mi madre nos amó y nosotras a ella. Recuerdo que algunos viernes, cuando llegaba de trabajar, en la noche, teníamos reuniones. Nos sentábamos las cinco en la cama, con la luz apagada, y ella nos aconsejaba. Nos decía que debíamos estudiar carreras para ayudar a otras personas, para servir al pueblo, porque se necesitaban médicas y enfermeras, abogadas para defender a los pobres. Nos explicaba que en las fábricas explotaban a la clase obrera y que los dueños se quedaban con el dinero de los trabajadores, pues no pagaban lo justo. Tenía una manera peculiar de formarnos en valores de solidaridad, de saber compartir sin mezquindad. Lo hacía con respeto y jamás nos imponía nada. Sus enseñanzas fueron relevantes. En una ocasión llevó a casa una muñeca vestida de enfermera con una gabacha blanca y una cruz roja en el pecho. Se la habían dado para mí. Debió influir el mensaje implícito ya que años después me formé en el área de salud para contribuir como brigadista médica durante el conflicto armado.

Muchas veces llegaba con los pies hinchados de pasar de pie tantas horas en la fábrica. Ella era empacadora de

productos. De vez en cuando llevaba semillas de marañón para nosotras. Nos contaba que el gerente de la fábrica se enojaba cuando ella tomaba unas cuantas semillas para compartirla con sus camaradas cuando tenían hambre y no había dinero para comer. Esas pocas semillas no representaban ni el mínimo porcentaje de las ganancias que tenían estos patronos explotadores.

Recuerdo que escuchábamos las canciones de Silvio Rodríguez y, como era un cubano, nos sentíamos conectadas con la Revolución de ese país. Mi madre admiró y defendió siempre a Fidel. En una ocasión visitó la Isla como parte de una delegación del FMLN, me trajo de recuerdo un enorme afiche de Fidel que aún conservo. Escuchábamos también la canción “Soldado amigo” de Los Guaraguo, la Radio Venceremos, que mostraba lo que ocurría en los frentes de batalla; todo eso a bajo volumen porque estaba prohibido escuchar música de protesta y radios guerrilleras. También había artistas nicaragüenses, pues ese país vivía sus años gloriosos de Revolución sandinista desde 1979. A Marta le gustaba mucho la canción “Reconozco (mis errores)” de Mejía Godoy. Y la que me cantaba con mucho amor, a pesar de su voz desafinada, era “Antes que nazca el día los pájaros del monte nos dan sus melodías...”.

Mi madre tenía una mística en su trabajo político y clandestino. Recuerdo una de las veces que me llevó a alguno de

esos contactos²⁴, habré tenido unos seis años cuando mucho. En esa ocasión, conocí a Rubenia, una mujer elegante y delgada, de tez blanca. Mi madre era su responsable, quedaron en verse en una parada de buses. Era en pleno escenario de guerra civil, había que estar alertas por los “orejas”, camuflar todo comportamiento, compartimentar la información y el trabajo en general. Yo iba agarrada de la mano de mi mamá, servía de cobertura. Al encontrarse, se saludaron con camaradería y empezaron a caminar. Rubenia me saludó como se saluda a una niña. Yo trataba de escuchar lo que conversaban, pero hablaban bien bajo y en clave. Mi madre le entregó disimuladamente un papelito. Recuerdo esos papelitos escritos en papel de cebolla, con letra pequeña, los doblaban de tal manera que eran casi invisibles, pero siempre legibles. Creo que me compraron alguna golosina para entretenerme.

Viéndolo en retrospectiva, todas esas vivencias que tuvimos mis hermanas y yo junto a mi madre, en especial aquellas reuniones nocturnas sentadas todas en la cama, con la luz apagada, hablando bajito, eran las vivencias porque estábamos construyendo nuestras personalidades con carácter y templanza; éramos un colectivo incipiente. Ella nos estaba preparando para luchar o para enfrentar las vicisitudes de la vida con entereza, nos estaba dando formación política y humana sin proponérselo.

²⁴ Se llamaba así al encuentro entre dos personas organizadas en un lugar público como una parada de buses, una cafetería u otro sitio.

Nos enseñaba a analizar la realidad social desde nuestra condición de familia de clase trabajadora con limitaciones materiales. Tuvo la tenacidad de hacer de nuestra condición material de vida una oportunidad para formar nuestra conciencia de clase. Si bien en comparación con otras familias cuya realidad económica era más precaria que la nuestra, fuimos las hijas de una obrera que repartía sus ingresos entre sus hijas, la madre, y otras familias en peores condiciones. Siempre decía que había que compartir lo poco que se tenía con las personas que no tenían nada en absoluto. Nos inculcó a no desperdiciar la comida; nos decía que había otras niñas que se acostaban sin comer y nos regañaba con dulzura si dejábamos comida en el plato.

Nos quedábamos dormidas las cinco en la misma cama para disfrutar su calor, sus abrazos. Pronto vendría el horror más grande.

La Sección de Caín

*Y acordarme de ti,
de tu carita me ayudaba a callar...*

Mario Benedetti

En la madrugada del 4 de octubre de 1977, mi madre salió temprano para la fábrica. Se vistió con pantalón de lona, blusa manga larga; guardó en su bolso lo necesario: otra camisa, un suéter, su boina negra, una pañoleta. Nos dio un beso a cada una y se fue. Sabía que ese día pasaría un hecho contundente. En la fábrica había movimiento, el ambiente estaba tenso. Las obreras iban y venían. A media mañana estalló. Marta dirigió, junto a otros trabajadores de las fábricas Diana y La Cascada una de las más aguerridas tomas. Para entonces era una lideresa sindical reconocida, era la secretaria general del sindicato de la poderosa fábrica Diana.

Tomaron la calle enfrente de la fábrica para exigir mejoras salariales, el contrato colectivo, libertad para organizarse sin represión y el absoluto respeto a sus derechos como trabajadoras y trabajadores. No eran exigencias individualistas, al contrario, eran demandas por la dignidad. Megáfono en mano, mi madre gritaba las consignas que se hacían eco en la clase trabajadora y ponía en alerta a los patronos

o dueños de las fábricas. El ejército los cercó y reprimió la concentración. Lanzaron bombas lacrimógenas, agua con enormes mangueras; hubo disparos. Los trabajadores entraron a la fábrica y la tomaron. Inició la huelga. El ejército acordonó la fábrica, bloqueó el ingreso y la salida de personas. Luego no permitió el ingreso de agua y alimentos.

El ejército exigía que se rindieran, les decía que estaban cercados, lanzaban mensajes de odio animando a desertar, declinar de la toma y a entregar a la dirigencia. A mamá no la vimos por varios días, no recuerdo cuántos, pero para una niña de cuatro años era una eternidad. Ella era joven, estaba llena de energía y de moral revolucionaria como para soportar una huelga prolongada. En mi casa, también se respiraba el ambiente denso. Las noticias decían, sin ahondar, lo que estaba ocurriendo en la Fábrica de Productos Diana. Estábamos asustadas, sin decir nada, preocupadas por ella. Sentíamos las miradas curiosas de la familia de mi padre. Cuando regresó varios días después a casa nos abrazó, nos besó. Iba cansada pero empoderada y fortalecida. Fuimos felices de tenerla de nuevo con nosotras. La huelga, a pesar de la represión logró que algunas de las exigencias de la clase obrera fuesen cumplidas, por lo cual, la lucha seguiría.

Empezaba el año 1979, el que sería otro año convulso. En la madrugada del 20 de enero, un grupo de la Guardia Nacional asesina al padre Octavio Ortiz Luna y a cuatro jóvenes que hacían un retiro espiritual de iniciación cristiana en la parroquia El Despertar, en San Antonio Abad.

El padre Octavio y los estudiantes eran acusados de comunistas, de insurgentes. No les bastó acribillarlos a tiros, una tanqueta pasó sobre la cabeza del padre dejándolo completamente destrozado.

El 10 de mayo de 1979, Marta participa en la toma de la Catedral metropolitana (imagen 4), liderada por el PBR para exigir la libertad de cinco compañeros presos. Esta actividad fue reprimida con un ametrallamiento indiscriminado por el ejército salvadoreño bajo las órdenes del presidente Carlos Humberto Romero. Alrededor de 19 personas murieron y más de 40 resultaron heridos.



Imagen 4. Toma de la Catedral Metropolitana de San Salvador. Mayo de 1980. Marta Segovia estuvo adentro de la Iglesia durante esta toma como parte del BPR

Mi madre nos hablaba de estos acontecimientos. Años después se los contaba también a sus nietos y nietas, “para no olvidar” —decía ella—, para que las nuevas generaciones siempre tuvieran memoria fresca. Lo que ella no sabía era que, en ese mismo año, un amargo hecho llovería sobre su vida y la nuestra, dejando imborrables recuerdos.

En la década del 70, ya las cárceles clandestinas eran una realidad en El Salvador. Eran sitios instalados en sedes militares, como la Guardia y la Policía Nacional, donde la persona que llevaban presa no salía con vida, era desaparecida o salía por presión de las instancias de derechos humanos. En noviembre de 1979, monseñor Óscar Arnulfo Romero denunciaba la existencia de esas cárceles clandestinas. Ese fue el año en que capturaron por primera vez a mi madre.

El día de su captura, ella caminaba por una de las calles del centro de San Salvador, de repente apareció un carro con vidrios oscuros, se bajaron unos hombres armados, ella trató de correr, pero la tomaron del cabello. A punta de pistola y violencia la obligaron a subir al vehículo. Desde que la introdujeron, empezaron a torturarla, a interrogarla, a amenazarla con mandar a traer a sus hijas y a su madre. En ese instante, empezó uno de los momentos que más marcaron su vida del que no le gustaba hablar, porque le causaba mucho dolor.

El Centro de Análisis de Información Nacional (Caín), también conocido como la Sección de Caín, era un lugar de crueldad donde se decidía el destino de muchas presas y

presos políticos que tenían un espíritu indomable, y por eso estorbaban al régimen. Fueron días de captura, de encierro y tortura. A Marta se la llevaron a mediados de 1979. Sola, completamente sola, se enfrentó a la maldad y al odio militar. La subieron por la fuerza a aquel carro militar, oscuro, sin placas. Adentro estaban hombres armados, violentos asesinos, entrenados para matar, para torturar sin piedad.

En ese lugar brutal, mi madre era una mujer sola e inofensiva, secuestrada cruelmente en una cárcel clandestina instalada en alguna sede militar. Su única arma, su conciencia de clase. Como obrera estaba orgullosa de su condición, por eso su escudo era su amor por el pueblo, por sus hijas, por su madre, por la organización. Las bestias debieron temerle a su mirada firme, acusadora, indomable. Las fieras debieron temblar, por eso la torturaron despiadadamente. Utilizaron ácido para quemarle el estómago; recuerdo esas cicatrices. Le arrancaron las uñas, le cortaron una parte de su oreja, le pusieron la capucha, esa despiadada tortura en la que le colocaban una bolsa de hule en la cabeza y la aprietan del cuello hasta dejarla sin oxígeno, luego se la quitaban y repetían la tortura, una y otra vez. La golpearon con las botas, con los fusiles, la ataban de los brazos; abusaron de ella.

En aquella celda fría el calor se lo daba el recuerdo de sus hijas que la esperaban. Recordar las cuatro caritas de sus cuatro despeinadas hijas. Esa era su inspiración y, por supuesto, pensar que si en alguna parte existía un dios (o una diosa, seguro hubiese sido más bondadosa con ella),

debiera haber estado junto al pueblo sufrido, pero no fue así. Mi madre era una fiel creyente. Contaba que hubo un momento, en esa primera captura, cuando sus fuerzas flaquearon y casi moría, que sintió un rayo de luz, una fuerza interior y misteriosa que la abrazó, la animó, la fortaleció y la hizo ponerse de pie. Cuando ella nos contaba esta parte, sus ojos se llenaban siempre de lágrimas.

Ella resistía para volver a ver a sus hijas, para ver a su pueblo avanzar y la organización consolidarse. La sacaban desnuda al patio, le echaban agua fría, trataban de ahogarla. Aunque la era celda sucia, su cuerpo moreno estaba limpio, erguido a pesar del dolor de las torturas, de los días sin fin, con poco oxígeno y a oscuras, lleno de vida, de amor.

Cada mañana en esa celda escuchaba los gritos salvajes: “Cabrona, ¿no vas a hablar?”, “Maldita, decí algo pues”, “¿Querés que traigamos a tu familia aquí?”, “Ya sabemos quién sos”, “Vamos a traer a tus hijas”, “Ya sabemos cuántas hijas tenés”, “Vos aquí aguantando y tus jefes bien tranquilos”. Esos salvajes jamás imaginaron el material inoxidable, inquebrantable del que esta mujer estaba hecha; que en torno a ella se reunieron la energía de muchas guerreras de la historia, de la fuerza de Mamatina, de su abuela Lorenza, de su bisabuela, todas ellas mujeres aguerridas a las que la misoginia había anulado; las había expropiado, las había desheredado, las había hecho aguantar hambre por ser mujeres. Toda esa energía era un escudo para ella, porque con ese escudo protegía a sus hijas.

Fuerte en su silencio, no reveló nombres, no delató a nadie. “Si de todos modos me van a matar, no sacarán ni un nombre de mi boca. A este lugar no vendrá ninguna compañera o compañero, no delataré a nadie, eso jamás; ni una palabra de mi boca”. Y así fue. Soportó con decoro, tuvo enfrente a la muerte y la encaró, la desafió, era demasiado pronto para dejarse llevar. Mi madre nos contaba que mientras la horda de criminales la torturaba, en un lugar al fondo de la prisión se escuchaban canciones que ellos ponían. Ella detestaba, en particular, una canción que ellos escuchaban a todo volumen, mientras ella gemía de dolor ante las inhumanas torturas. Estaban tan desensibilizados que disfrutaban torturando, y para animar esos momentos se deleitaban con música.

Cada golpe que recibía era curado en su imaginación con los besos de Milagro, los abrazos de Rosario, las miradas tiernas de Iliana y las espontaneidades de su dingarín-ga. Por suerte tenía cuatro hijas, cada una de ellas podía curarle con sus tiernas y suaves manitas cualquier herida. Las risas de esas niñas aliviaban su dolor. A la vez sentía miedo que nos llevaran a ese lugar. A la guardia no le importaría destrozarse a aquellas cuatro niñas con tal de golpear donde más podía dolerle a una revolucionaria de su talla.

Sin embargo, la aliviaba pensar en los pasos agigantados de un pueblo que avanzaba sin pausa; la inspiraban cada segundo. Desde adentro de la celda, seguro escuchaba co-rear las consignas que ella también gritaba en las tomas de

fábricas, en las marchas: “¡Viva el Bloque Popular Revolucionario!”, “¡Patria o muerte!”; su pecho se enaltecía y se ponía de pie.

Los barrotes de esa prisión jamás limitaron el vuelo de sus brazos extendidos como alas fuertes, que volaban libres cada noche hasta el sueño inocente de cuatro niñas. Ese vuelo hacía brillar la noche, nuestras noches, las noches del pueblo.

La Benemérita Guardia Nacional

Así llamaban los militares a esa institución infernal. Cómo podía ser merecedora de reconocimientos semejante nido de asesinos. La Guardia Nacional se fundó durante la presidencia de Manuel Enrique Araujo, el 3 de febrero de 1912 por el general José María Peralta Lagos (graduado de academias militares de España en 1897) y bajo la inspiración de la Guardia Civil Española.

Desde su origen, esa institución fue creada para el mal. ¿Quién no recuerda a esos guardias con su uniforme verde olivo, el fusil G-3, sus temibles y brillantes botas que les llegaban hasta las rodillas? ¿Quién no recuerda cuando llegaban tratando a catear las casas? Yo lo recuerdo bien porque lo vivimos varias veces. Llegaban amenazándonos con el fusil, tirando todo, caminando con prepotencia a nuestro alrededor. Recuerdo el ruido de esas botas golpeando el suelo, los cascos con las iniciales GN con el escudo nacional entre las dos letras, parecía blindado. Todo mundo sabía que cuando la Guardia llegaba habría más de alguna captura,

algún joven reclutado a la fuerza, alguna niña o muchacha violada. Nosotras nos salvamos porque éramos pequeñas o quién sabe por qué. Pero algunos de nuestros primos fueron reclutados en más de alguna ocasión²⁵. Cuando esto pasaba, mi pobre abuela Mamatina salía corriendo, llorando, implorando que no se lo llevaran. Nunca la escucharon.

La formación que recibían en la Guardia estaba basada en filosofías de la Guardia Civil Española y de la Guardia Nacional Chilena, ambas instancias con oscuras historias de violación a los derechos humanos. En El Salvador, hacía labores de inteligencia para contrarrestar el movimiento revolucionario, que cada día crecía más.

Otra de las instancias despiadadas de aquellos años era la Policía Nacional, nefasta, ejercía crueldad sin límites contra el pueblo organizado.

La Sección de Caín estaba instalada en la Guardia Nacional. El solo nombre da escalofríos; recuerda a Caín, el que mató a su hermano Abel; Caín, al que por cruel aislaron de su familia, al que conminaron.

Laura Beatriz: vuelven tus alas a volar

Por la forma en la que mi madre fue capturada —abruptamente, mientras iba caminando, sin que nadie conocido pu-

²⁵ El reclutamiento forzoso era una manera en la que el régimen aseguraba que los jóvenes de las zonas excluidas socialmente se incorporaran a sus filas. No reclutaban en zonas élites de gente adinerada.

diera ver que la metían a golpe de pistola y puntapiés a un carro militar— la daban por desaparecida y, debido a eso, con menos posibilidades de identificar la cárcel clandestina en la que estaba capturada. Había algunas capturas que los militares hacían durante protestas, o llegaban a la casa a llevarse a la persona, por tanto, la familia y las organizaciones defensoras de los derechos humanos se movilizaban para exigir su liberación.

En el caso de Marta, su captura fue repentina, ya era reconocida como dirigente sindical y estaba, sin dudas, en la lista que el régimen tenía para desaparecer. Nunca supimos los detalles del hecho, ella lloraba al recordarlo, por eso nunca le preguntábamos, pero en su cuerpo estaban las evidencias. Su madre y sus hijas, pequeñas aún, pasaron días sin saber nada de ella.

Sin embargo, desde 1977, por iniciativa de monseñor Romero, se había creado la Oficina del Socorro Jurídico del Arzobispado, instancia que empezaba a desempeñar un papel fundamental en materia de derechos humanos. Esta oficina tenía reportes de personas desaparecidas, y allí acudieron compañeros del sindicato a reportar su desaparición. Fue así como esta oficina agregó en la lista de personas a ubicar en las cárceles el nombre de Laura Beatriz, seudónimo que mi madre usaba durante esa época y que aparecía en su cédula de identidad personal. La presión de los sindicatos y del movimiento social alertó a esta oficina para empezar a hacer una búsqueda por las principales sedes policiales. Siendo

mi madre una líder reconocida, era imposible pensar que la dictadura militar no tuviese vínculos con su desaparición.

Monseñor Romero envió a diversas instancias militares para verificar la existencia de presos políticos. La visita la hacía la Dra. María Julia Hernández, legendaria defensora de derechos humanos del Arzobispado de San Salvador. Llegó aquel día a la Guardia con un listado de personas desaparecidas, Laura Beatriz a la cabeza.

Ese día, mi madre estaba como todos los anteriores, recluida en un rincón, después de las cotidianas y crueles torturas. De repente, escuchó la voz fuerte de una mujer, que llegaba gritando: “¡Laura Beatriz! ¿Está aquí Laura Beatriz?”. Al principio sintió temor, temía que la llamaran para matarla. Su corazón se agitó, se le secó la boca, sus piernas se paralizaron, estaba confundida, asustada, conmocionada, no sabía si responder o callar. Pero una intuición la hizo reaccionar. Escuchó de nuevo “¡Laura Beatriz! ¿Estás aquí?”. Entonces se puso en pie y gritó: “¡Aquí estoy! Soy yo. Yo soy Laura Beatriz”.

María Julia Hernández, acompañó a mi madre por aquel pasillo hasta la salida. Ella, en 1982, pasó a ser la directora de la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador, instancia en la que se convirtió el Socorro Jurídico, después del cobarde asesinato de monseñor Romero, en marzo de 1980.

Ni en la memoria de Marta, ni en la nuestra, logramos registrar el tiempo exacto que pasó en cautiverio. Tal vez todas bloqueamos detalles para evitarnos más dolor. Pero

fueron treinta o cuarenta días presa. Cuando al fin pudimos verla, llegar a la escuela a buscarnos, tenía evidencias de las torturas. Ella trataba de esconderlas pero era imposible. La siguiente estrofa del poema de Benedetti y musicalizada por Pablo Milanés, resume lo que ella no quiso contarnos en ese momento, pero que lo vimos en su rostro y su cuerpo:

[...] aunque tengas pocos años,
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides, por eso
no te oculto que me dieron picana,
que casi me revientan los riñones [...]
[que] acordarme de ti, de tu carita
me ayudaba a callar.

Los cuerpos militares estaban entrenados para anular. Eran hombres que, aparte de su formación militar, habían sido socializados bajo paradigmas patriarcales para violentar a las mujeres. Si, además, esta mujer era una revolucionaria, rebelde, que no cedió a sus presiones para traicionar y delatar a su gente; su misoginia era mayor. La violación era un arma utilizada para minimizar a las presas políticas, también algunos presos fueron víctimas de este tipo de tortura. Hasta la fecha, no se ha juzgado en el país a ningún militar por esos crímenes de lesa humanidad que cometieron, salvo algún caso como el juzgamiento de los autores materiales del asesinato de las religiosas, Ita Ford, Maura Clarke y Dorothy Kazel, y la misionera laica Jean Donovan, quienes fueron encarcelados. Pero los que ordenaron la captura de

mi madre y los que la torturaron nunca fueron juzgados, ni si quisiera supimos sus nombres.

Marta Segovia fue indómita. Esa mujer morena, de cabello negro y rizado, de temple combativo, de expresión serena y humilde; esa obrera, luchadora de la vida, esa mujer desinteresada, que no esperaba nada material para ella, esa mujer fuerte supo vencer a las bestias, salió victoriosa, no le sacaron ni una sola palabra. Esta mujer pequeña, sencilla, ella sola, con su fuerte espíritu, los venció. Salió con el puño izquierdo en alto, les gritó en la cara “¡Patria libre o morir!”.

Al salir de la cárcel tuvo que irse a la clandestinidad. No la veíamos, pero su lucha siguió firme. Llegaba alguna vez a buscarnos o en la escuela, solo para abrazarnos un rato. Nos amaba tanto y le hacíamos mucha falta, igual que ella a nosotras. La extrañábamos, la queríamos a nuestro lado.

Ella fue una presa política que no colaboró con el régimen. No dijo nada. No delató a nadie. Ella fue fiel a sus principios, a sus camaradas de lucha. Logró salir viva. El hecho de pasar tanto tiempo en la cárcel, en una captura de esa magnitud, a la persona se le vulneran todos los derechos; está aislada. Vivir ese hecho, sobrevivir, solo puede provocar en la persona una fortaleza, un temple inigualable. Claro, también deja huellas, miedos, dolores. Sin embargo, ella se fortaleció y creció mucho más como ser humano. Se fortaleció en sus convicciones.

En 1988, mi madre fue capturada por segunda vez. Para entonces, el FMLN se había consolidado y ella seguía mili-

tando, ahora haciendo trabajo organizativo con comunidades marginalizadas, en el Consejo de Comunidades Marginales (CCM).

Una noche, en la que ella estaba atendiendo una reunión con líderes y lideresas comunitarias, de pronto llegó la policía y, sin mediar palabras, la acusaron de subversiva de andar incitando a la gente. Se la llevaron junto con otra compañera. La sacaron a la fuerza de la casa de reunión, la golpearon, la esposaron y la llevaron presa. Inmediatamente se movilizaron diversas organizaciones, convocando a una marcha al siguiente día y denunciando la detención a escala internacional. A la mañana siguiente, estábamos cientos de personas exigiendo su libertad frente a la Policía Nacional, gritando consignas. Fue tanta la presión tuvo que liberarlas a las 72 horas.

Como mis hermanas y yo teníamos el traumático recuerdo de su primera captura, todos los recuerdos y los miedos de perderla nos invadieron. Sin embargo, la lucha estaba muy avanzada y sabíamos que no estábamos solas. Yo era adolescente para entonces, y mis hermanas unas jóvenes estudiantes. Pasamos una o dos noches en vela, aterradas pero enérgicas. Al verla regresar con nosotras, la abrazamos y lloramos de felicidad.

Estas capturas, en especial, la primera, dejó marcas en la vida de Marta. En una ocasión (ya en tiempos de posguerra), ella iba caminando junto a otras compañeras y compañeros del FMLN. De repente apareció un jeep con vidrios

oscuros, tipo militar. Al verlo, se puso nerviosa, ansiosa, atemorizada; le preguntaron “¿Qué pasa?, ¿ocurre algo?”. Ella les contó que así era el carro en el que la subieron aquel día de su primera captura. En otra ocasión, una actividad organizada por el Comité de Presos y Presas Políticas de El Salvador, en una antigua cárcel que quedaba en el municipio de Santa Tecla, a menos de 10 kilómetros de San Salvador (que fue convertida en un museo cuando el FMLN gobernó ese municipio), ella se desplomó emocionalmente al ver una representación teatral en donde se hacía una dramatización de cómo eran las capturas y las torturas en esas cárceles. En ese momento revivió sus prolongados días de captura. No obstante, esos recuerdos, su lucha jamás se detuvo. Día a día, apostándole al proceso revolucionario.

Según la Comisión de la Verdad, entre 1980 y 1991 se llevaron a cabo graves violaciones a los derechos humanos por parte de grupos de escuadrones de la muerte, quienes, vestidos de civil, secuestraban a personas de la población civil y personas organizadas. Torturaban, desaparecían y ejecutaban. Estaban ligados a estructuras estatales, llegando a convertirse en un instrumento de terror y de práctica sistemática de eliminación de opositores políticos²⁶.

²⁶ Comisión de la Verdad para El Salvador: ob. cit., pp. 139.

La Titín

“La recuerdo con la emoción de una niña pequeña cuando sale de paseo, con la intensidad con la cual vivía sus convicciones y creencias”, dicen las nietas y nietos respecto a Marta.

Esta mujer revolucionaria tenía tantas facetas y una coherencia impresionante de vida en todas ellas. Lograba amar de distintas maneras o tenía una capacidad de amor inigualable: amaba como mujer combatiente y obrera, como hija, como madre, como amiga, como camarada, como abuela, y años después, como bisabuela.

Ya para la década de los ochenta, sus hijas habíamos crecido un poco más. Marta seguía organizada. A veces llevaba a nuestra casa alguna compañera o compañero que había bajado del frente de guerra por alguna situación personal o familiar. Mientras lograba ubicarlos en una casa de seguridad, vivía con nosotras. Recuerdo con mucho cariño y simpatía a tres en particular. Juanita, una guerrillera joven, baja de estatura, de cabello liso y largo. Se quedó

por unos días mientras atendía alguna situación personal. La recuerdo porque estaba de moda la canción “Gloria” y Juanita la cantaba. Claro, no entendía ni una palabra en inglés. Yo la miraba con admiración, sabiendo que era una guerrillera valiente y divertida.

Carmen fue otra compañera que estuvo la casa. Tenía tal vez unos 33 años, morena, sonriente, cabello corto, ojos negros, de cuerpo firme. Se notaba que tenía entrenamiento físico y militar. Ella había bajado del frente de guerra a dar a luz a su hija, a quien también tuvimos en casa: Melita (Mélida). Carmen estaba feliz, pero tuvo que despedirse de su niña. Debíó dejarla y regresar al frente de guerra.

La bebé quedó a cargo de otra señora, la niña Francisca, mujer a la que mi madre logró concientizar junto a su esposo, don Ismael. Aquella era casa de seguridad, es decir, eran de esos hogares cuyas familias estaban claras del proceso revolucionario y colaboraban con las organizaciones clandestinas, familias que prestaban sus casas para albergar a convalecientes o que sufrían heridas en combate, o simplemente necesitaban atención médica o guardar pertrechos. En esas casas de seguridad se guardaban medicamentos, uniformes para la guerrilla y pertrechos bélicos. Fueron miles de personas que pusieron a disposición del proceso revolucionario sus casas, en su mayoría eran de escasos recursos, humildes, con mucho amor y compromiso con la causa.

Así, en casa de la niña Francisca, cuidaban a Melita y mis hermanas mayores contribuían con su cuidado, la lleva-

ban a nuestra casa, la bañaban, la teníamos ahí con nosotras. Era una red sororaria, es decir, una estructura solidaria entre mujeres en una sociedad patriarcal, una red de cuidados de mujeres hacia mujeres. Lo recuerdo y me da una nostalgia de esos días cuando la solidaridad y la sororidad eran acciones concretas en medio de todos esos peligros. No volvimos a saber de Juanita ni de Carmen, dos mujeres combatientes anónimas, que creyeron en el proceso revolucionario y se entregaron sin esperar nada a cambio.

El otro que tuvimos cerca fue Claudio (Tolomeo), un compañero que estuvo en casa de la niña Francis. Era joven, quizás 23 o 25 años. Era un moreno, de cuerpo fornido, de bigote escaso, simpático, con una risa que denotaba alegría. Él había salido herido de bala y parece que bajó a “la metro” (es decir, la ciudad; era llamada así como un indicativo).

En la metro llegaban para recibir algunos tratamientos médicos (o para dar entrenamiento militar a comandos urbanos). Tolomeo me transmitía una especie de seguridad, como la de un hermano mayor. Aunque nunca durmió en nuestra casa ni estuvo a solas con nosotras, siempre fue respetuoso, jamás hizo ni una sola insinuación acosadora, sobre todo a mis hermanas, que eran las mayores. Es posible que los hombres bajaran del frente de guerra con la advertencia de que si osaban cometer alguna canallada contra las familias de las casas de seguridad, el mismo ejército popular los ajusticiaría. Habrá habido casos de acoso o abusos que más de algún traidor de principios o pseudorevolucionario

habrá cometido, pero al menos esos que estuvieron cerca nuestro, se comportaron con decoro. Tampoco de Tolomeo volvimos a saber nada, una vez salían de las casas de seguridad regresaban al frente de guerra o se les asignaban otras tareas clandestinas.

En todo ese proceso, también conocimos a otras personas extraordinarias. En una ocasión, mientras ella estaba clandestina sin poder llegar a casa por mucho tiempo, el clima familiar con mi abuela paterna se volvió tenso y hostil para nosotras, decidimos irnos de la casa. Mi madre había organizado la logística junto con la familia Cabrera, cuya casa era de seguridad también para refugiarnos. En ese contexto, conocimos al guapo y maravilloso Alejandro. Tenía un carisma único, una sonrisa hermosa, una voz dulce. Era un líder nato. Alto, elegante, realmente atractivo y protector. Era el responsable de mi madre.

Entonces, en el afán de protegernos a mis hermanas y a mí, nos llevaron a la casa de la compañera y las hijas de Alejandro. Recuerdo que ese día salimos hacia la escuela, pero no regresamos a casa. De la escuela nos llevaron a casa de la familia de Alejandro. Un apartamento pequeño de la colonia Zacamil. Era una familia humilde, pero solidaria y afectuosa. No había mucho espacio. De hecho, yo tenía ya siete años y me tocó dormir en la cuna de una de las bebés. Bety, su compañera era muy linda y dulce con nosotras, y sus dos hijas, que habrán tenido entre 2 y 3 años. Alejandro llegaba de vez en cuando, por cuestiones de se-

guridad no podía permanecer allí, pues las ponía en riesgo. En ese apartamento estuvimos varios días, no recuerdo cuanto, hasta que mi padre nos encontró porque empezó a buscarnos en todos lados por donde podríamos pasar, y nos encontró a la salida de la escuela. Alejandro fue capturado y desaparecido por el régimen tiempo después. Algunos nietos y nietas de Marta, llevan ese nombre como un simbólico homenaje a su memoria.

La guerra era indetenible. Enfrentamientos armados en distintas partes, capturas a toda hora, retenes militares en las calles, cateos en las casas, personas desaparecidas por el régimen. Tanto la lucha armada como la del movimiento social marchaban al mismo ritmo. Había mucho trabajo clandestino; una gran mística organizativa. Avanzaba el estruendo de un pueblo que no soportaba más injusticias. A esas alturas, Iliana y yo teníamos ya un par de años de habernos incorporado a la lucha. Mis hermanas mayores también colaboraban desde lo que podían.

Entre agosto de 1989 y febrero de 1997, nacieron todas las nietas y nietos de Marta. Para entonces, pasó a ser conocida en el círculo íntimo de la familia y de amistades cercanas como Titín. Con los años, también nacieron dos biznietos y una biznieta, a quienes tuvo la felicidad de conocer.

Iliana fue la primera en salir embarazada. Cuando nos enteramos, hubo una mezcla de emociones: alegría, tristeza, preocupación, todo en un solo bolso. La Titín estaba sin palabras, pero supo reaccionar con sororidad y la apoyó

en todo momento. Creo que, a la hora de enterarse, estaba feliz y deseando ver crecer la barriga de su hija. Cuando nació la primera nieta, mi madre enloqueció de felicidad con aquella pequeña y redondita criatura. Luego nacieron los demás, cada uno con ojos de asombro, llanto de terremoto y belleza heredada de la abuela. Alejandra, mi primera sobrina, nació en agosto de 1989.

A los tres meses de ese primer nacimiento, se vino la ofensiva final del FMLN llamada “Hasta el tope y punto, ¡Febe Elizabeth²⁷ vive!”. Empezó el 11 de noviembre de 1989. Fue un hito clave para lo sucesivo en el país. Recuerdo la noche previa a esa ofensiva. Reunida con sus cuatro hijas, conversando sobre lo que se avecinaba, le dije que al siguiente día me iba porque participaría en lo que se acercaba —desde un par de años me había organizado sin decirle nada. Mi madre se enojó, lloró de impotencia, me pidió que no me fuera, me decía que yo estaba muy chiquita para incorporarme. Fue la única vez en que le escuche decir que se arrepentía de habernos metido mierdas en la cabeza. Con esto quería decir que se arrepentía de hacernos mujeres con conciencia de clase, luchadoras como ella, mujeres pensantes, revolucionarias cada una desde su trinchera. Con eso quiso decir que ella era la culpable de haber sido mi primer modelo de revolucionaria, de combatiente de la vida. Ella, mi

²⁷ Dirigente obrera asesinada por una bomba colocada por grupos militares en el local de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (Fenastras), el 31 de octubre de 1989.

madre, la culpable de habernos heredado la mejor de las riquezas: amor y respeto por la gente más humilde y sencilla.

Marta tuvo que quedarse resignada porque su hija más pequeña se iba sin saber si volvería con vida. Aquella madrugada del 11 de noviembre se despertó temprano y volvió a pedirme que no me fuera, pero la decisión estaba tomada. Puedo escuchar su voz, llamándome. Veo sus ojos llenos de angustia e impotencia. No volví a verla hasta algunos meses después porque las condiciones eran aún tensas. Había sido necesario el repliegue de las fuerzas guerrilleras a los frentes de guerra. Durante esa ofensiva, mi madre y mis hermanas debieron huir de la zona en donde vivíamos y desplazarse a un lugar seguro, pues la guardia en su desesperación andaba en los territorios tras la gente organizada. En la casa de una de mis hermanas había material bélico, debieron sacarlo y deshacerse de todo. Ellas, todas mujeres, asumieron el riesgo de limpiar la casa de todo ese material. Esa templanza en el carácter para llevar a cabo todas estas tareas revolucionarias solo podía haber sido el resultado de años de vivir junto a una revolucionaria como Marta y por supuesto, ser hijas de ella.

Marta en sus diferentes facetas, esta vez como madre revolucionaria, sufrió mucho por mi ausencia durante ese tiempo. Después me contaba que nunca perdió la fe de que yo regresaría con vida, sabía que en la trinchera que estuviera, no estaría sola y eso le reconfortaba el espíritu. Pero también se desesperaba, llena de miedo, albergaba la esperanza del reencuentro.

La ofensiva guerrillera del 11 de noviembre de 1989 demostró que el FMLN era fuerte, y si apretaba un poco más, el régimen tambalearía. El ejército bombardeó zonas civiles con las fuerzas aéreas. Estaban tan desesperados y desubicados que cometieron uno de los hechos más cuestionados por la comunidad internacional. El 16 de noviembre, un grupo de efectivos del Batallón Atlacatl, ingresó a la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) y asesinaron a seis sacerdotes jesuitas: Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad; Ignacio Martín-Baró, vicerrector; Segundo Montes, director del Instituto de Derechos Humanos; Amando López, Joaquín López y López, y Juan Ramón Moreno, todos ellos profesores. En esa operación, asesinaron a dos colaboradoras de los Jesuitas, Elba Ramos y su hija Celina Ramos (de tan solo 16 años)²⁸. Este asesinato bloqueó el apoyo internacional que recibía el gobierno y el ejército salvadoreño²⁹.

El 19 de noviembre, la Comandancia General del FMLN ordenó la retirada escalonada de las fuerzas guerrilleras que aún estaban en la capital San Salvador; y el 12 de diciembre, ordenaron la retirada final a sus bases de partida³⁰. Después de esta ofensiva el gobierno y el poder económico sabían que debían aceptar reanudar el diálogo y la negociación con miras a la firma de los acuerdos de paz, no tenían alternativa.

²⁸ Comisión de la Verdad para El Salvador: ob. cit., p. 44.

²⁹ Julio Fernández: *Cronología general de la Ofensiva Hasta el Tope, en noviembre de 1989, sobre San Salvador. Un texto de la batalla del volcán*, 2020, p. 6.

³⁰ Ídem.

En todo ese contexto entre la finalización de la guerra, la firma de la paz y los años de transición, Marta acompañó cada uno de los embarazos de sus hijas sin dejar de estar organizada y seguir apoyando el proceso. Diez panzas que vio de creciente a menguante. Nos consintió, nos apoyó, nos cuidó. Cinco nietas y cinco nietos que recibió con igual alegría, con el mismo amor de abuela revolucionaria. Le gustaba llevarlos a pasear, salir con todas y todos a la vez. Llevarlos al Monumento a la Memoria y la Verdad, lugar al que ella solía ir como parte de actividades por la memoria histórica, en este mural están registrado los nombres de cientos de personas desaparecidas durante la guerra civil salvadoreña (imagen 5).

Como abuela, la Titín demostró mucho amor y paciencia, pero también la claridad para ir cultivando en esas nuevas



Imagen 5. Marta Segovia en el Monumento a la memoria y la verdad, parque Cuscatlán, San Salvador

generaciones principios que forjaran humanidad, carácter y pensamiento crítico. Con palabras de miel y, a veces, con limón sobre heridas, les hablaba, les daba consejos. Aunque, por más que hubiera querido, no podía enojarse de verdad. “Cuando éramos pequeños nos regañaba pero aguantándose la risa”—, dice Gaby. Con mis hijos, Rodrigo y Adrián, derrochaba ternura, bondad, ejemplo y calidez. Ellos dicen que ella los amó más que yo, un amor más maternal que el mío.

La Titín vino al mundo a irradiar sentimientos nobles y justos con las personas y eso inculcó a su descendencia. Ella estuvo en cada clausura, en cada cumpleaños, en cada momento difícil para las niñas y los niños. Sus nietas y nietos atesoran todas las veces que andaban en plena logística para encontrar disfraces, materiales, decoraciones para la clausura u obras de teatro escolares. Recorrer calles y calles para un evento era su especialidad. A la Titín la desesperaba estar encerrada en casa. Nadie que ha estado capturada, soportando torturas y privada de ver la vida quiere permanecer encerrada sin disfrutar las salidas del sol, la lluvia, la gente en la calle, las voces.

Eran gran parte de su mundo esas diez criaturas y nunca dejó su militancia por ello. Todos aprendieron a llamarla Titín, y ella asumió ese nombre que encerraba cariño y respeto. Ella fue el pan que alimenta, fue risas y cantos, lecturas y anécdotas que despertaran la inquietud por la memo-

ria histórica. Ella sigue arrullándoles como la suavidad de la brisa de los pinos:

—“Vengan, juguemos, hagamos ese juego en donde ustedes sonríen siempre, están felices, gritando, riendo, saltando, cayéndose, llorando, levantándose. Juguemos mis lindos nietos y mis tiernas nietas. Juguemos a que Rodrigo toca la batería, Adrián canta y escribe para mí. Juguemos a que la Ale abraza al Chato y la Amanda besa a la Canela. Juguemos a que la Gabi danza lindo, Dani y Josué juegan fútbol en nuestro enorme patio. Lizzi toca el violín, la Dianita me abraza con su especial dulzura y Fabito se duerme comiendo con su carita bella de niño feliz. Amados nietos, aunque mi cuerpo se fue, mi voz se quedará cantándoles para siempre. Hagamos una ronda y cantemos ‘Canasúngana’.³¹ Desde aquí los cuidados”.

³¹ “Canción de cuna”, del grupo salvadoreño Exceso de Equipaje.

La memoria histórica y la cripta de San Romero de América

De la firma de los Acuerdos de Paz a la recuperación de la memoria histórica de El Salvador

Según la Comisión de la Verdad, la guerra civil salvadoreña dejó más de 75 000 personas muertas y más de 8 000 desaparecidos, entre ellos, mi primo y cómplice, Darío Segovia.

Darío desapareció entre noviembre y diciembre de 1989, participando en la ofensiva final “Hasta el tope y punto”. Tenía 18 años y un espíritu rebelde y humilde; la canción “Juancito tiradora” de Carlos Mejía Godoy, lo describe bien. Al parecer, la guardia lo capturó herido en una emboscada en el volcán de San Salvador; nunca supimos en donde fue enterrado. Ese fue un pesar que mi abuelita Mamatina se llevó hasta su muerte: la incertidumbre de no haber podido saber qué pasó a su joven nieto, la tristeza de no tener una tumba a donde llevarle flores, a llorarlo, o lo que es peor, la imposibilidad de que el Estado resarciera ese

acto y se hiciera justicia a favor de él y de tantas personas desaparecidas. Esa era parte de la memoria histórica que mi madre percibió pronto que era necesario recuperar y contarla para no olvidar jamás.

Después de todas las vivencias durante los años de la guerra: la captura, la persecución y los albores del FMLN, a finales de la década de los años 80 Marta había asumido responsabilidades de fortalecimiento de la organización comunitaria como otra estrategia para promover la incorporación de más personas a lucha. Era parte del Consejo de Comunidades Marginales (CCM), promovía que las comunidades se organizaran y defendieran sus derechos a la tenencia de la tierra y contribuía a organizar acciones para tomar terrenos y construir viviendas de familias en total exclusión social. Muchas de las comunidades en los alrededores de la populosa colonia Zacamil, son el resultado de aquellas tomas que Marta, junto a otras personas protagonizaron durante esos años. Luego vendría la lucha para legalizar de aquellos terrenos. En ese contexto, la canción de Víctor Jara “A desalambrar”, se volvía una consigna.

Para la década de los años noventa, el contexto político había dado un giro. El 16 de enero de 1992 se firmaron los Acuerdos de Paz en el Castillo de Chapultepec de la ciudad de México, entre el FMLN y el gobierno salvadoreño, poniendo fin a doce años de guerra en El Salvador. Ese proceso fue acompañado por las Naciones Unidas, instancia en la que a veces cuesta confiar pues, así como acompaña

procesos de paz también apoya intervenciones militares. Previamente, en abril de 1990, había quedado establecido el llamado Acuerdo de Ginebra, propuesto por el secretario general de las Naciones Unidas Sr. Pérez de Cuellar y su representante personal para Centroamérica, el Sr. Álvaro de Soto. Este acuerdo delimitaba cuatro objetivos clave para el proceso de diálogo y negociación: terminar el conflicto armado por la vía política, impulsar la democratización del país, garantizar los derechos humanos de la población y reunificar la sociedad salvadoreña³². La firma implicó la entrega de las armas por parte del FMLN, la desmovilización de sus combatientes, abandonar los frentes de guerra y entrar a una vida civil.

A pesar de que se callaron las balas, la pobreza, la injusta distribución de la tierra y las riquezas —causas que dieron origen al conflicto—, siguieron intactas. Por eso, la lucha del pueblo siguió y mi madre en pie sin detenerse ni un instante. El FMLN pasó a convertirse formalmente en un partido político el 1 de septiembre de 1992, fecha en la que se firma la escritura pública de su fundación legal. Se definió como un partido democrático, revolucionario y socialista³³. El Tribunal Supremo Electoral (en manos de la derecha) no admitió su registro legal hasta el 14 de diciembre de ese

³² Comisión de la Verdad para El Salvador: ob. cit.

³³ Estatutos del partido político Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN (2011), disponible en <https://reformaspoliticas.org/wp-content/uploads/2015/03/elsalvadorestatutosfmln2005.pdf>

mismo año, a solo 24 horas de que las Naciones Unidas declarara el cese del enfrentamiento armado en todo El Salvador, “ese día concluyeron más de sesenta años de lucha clandestina de los revolucionarios/as salvadoreños y comenzó una nueva etapa de luchas dentro del marco legal”³⁴

Mi madre respaldó no con mucha confianza este cambio, temía que las cosas se revirtieran y que el FMLN no pudiese responder acorde con el momento histórico. No se equivocó en su intuición. Poco tiempo después de legalizado el FMLN ocurrieron algunos asesinatos, entre ellos el del comandante Francisco Velis en 1993 y otros de los que poco se supo.

A esto sucedieron divisiones internas en el Partido. Para el 1994, en el marco de la toma de posesión de la junta directiva de la Asamblea Legislativa, siendo la primera vez que el FMLN lograba tener diputaciones en el Parlamento. Algunos diputados que venían del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y de la Resistencia Nacional (RN), crearon un bloque contra el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), el PCS y FPL, apoyando la candidatura a la vicepresidencia de una excomandante del ERP. Esta acción fue respaldada por los partidos de derecha Alianza Republicana Nacionalista (Arena), de Conciliación Nacional (PCN) y Demócrata Cristiano (PDC), pero no fue consensada con el PCS, las

³⁴ Américo Mauro Araujo: ob. cit., pp. 1-15.

FPL y el PRTC³⁵. Se golpeaba así al incipiente partido político.

A pesar de todo esto, mi madre siguió apostando al escenario de lucha política por los derechos humanos. Pasó a formar parte de estructuras relevantes en el Partido. Apoyó con responsabilidad a la Secretaría de la Mujer, desde donde reafirmó su conciencia ya no solo de clase, sino de género, consolidando la lucha por los derechos de las mujeres como clave en todo el proceso. Formó parte de la Comisión de Organización; tenía asignada la zona oriental del país, sobre todo, el trabajo organizativo en la zona de Morazán. Era complicado desplazarse hasta allá, especialmente por las limitantes de transporte, pero eso no fue un obstáculo para que ella asumiera con total entrega esta misión.

Viajaba con frecuencia a las comunidades en el departamento de Morazán para realizar actividades político-organizativas. Era necesario, en aquellos años de posconflicto, mantener la moral en alto de excombatientes y de las comunidades. Participaba en reuniones que tenían lugar en el 1316 y en el 229,³⁶ en donde se discutía el contexto y se organizaban actividades. Su formación cristiana la mantuvo

³⁵ Álvaro Artiga González: “El FMLN. Entre la oposición y el gobierno tras doce años de elecciones”. *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, enero, 2006, pp. 58-59.

³⁶ El 1316 y el 229, era el indicativo para referirse a dos de los locales del FMLN después de la firma de los Acuerdos de Paz. En este local se reunían líderes históricos como Schafik Hándal.

vinculada con las comunidades eclesiales de base. Eso la hacía tener una fortaleza espiritual, que no fortaleza religiosa, capaz de transmitir confianza en las comunidades.

A Marta le gustaba leer, uno de sus libros predilectos e inspiradores era: *La madre*, de Máximo Gorki. Leía a Frei Betto, a Pedro Casaldáliga, a Marta Harnecker. Cada año, compraba la *Agenda Latinoamericana* y la revista Estudios Centroamericanos. Le interesaba leer, de manera particular, todo lo que podía sobre monseñor Romero. Aquellas lecturas fundamentaban sus análisis junto a las comunidades más pobres que visitaba y organizaba. Estaba clara que estas comunidades estaban influenciadas más que nada por los medios de comunicación tradicionales, los cuales casi siempre respondían a una línea editorial pro sistema. En consecuencia, no era fácil para las personas formarse una opinión diferente a favor de las luchas que seguían posterior a la guerra en medio de tanta propaganda mediática.

En ese nuevo escenario, promover la organización y recuperar la memoria histórica eran clave en la vida de Marta. Su participación en la Secretaría Nacional de la Memoria Histórica del FMLN fue fundamental para ella no olvidar los hechos y las personas. Ese fue su gran aporte en los últimos años.

Con el objetivo de recuperar hitos clave de la historia del proceso revolucionario se promovieron acciones para identificar en dónde estaba enterrado Apolinario Serrano (Polín), quien fuera secretario de la Federación Cristiana de

Campesinos Salvadoreños (Feccas), asesinado a tiros por el régimen el 29 de septiembre de 1979.³⁷ Fue enterrado junto a otros compañeros sin que su tumba fuese identificada. Marta, junto a otros compañeros, recorrió durante días el cementerio general de San Salvador, buscando tumba tras tumba hasta identificar la de Polín. Lograron ubicarla. Hicieron gestiones para conseguir el dinero y los permisos legales para remodelar la tumba de este líder histórico, que estaba quedando en el olvido. A partir de entonces, empezaron a hacer actos conmemorativos en su honor cada 29 de septiembre, día del aniversario de su asesinato.

La Comisión de la Memoria Histórica se reunía en el Instituto Farabundo Martí. Marta aportaba datos históricos, fechas de eventos relevantes ocurridos durante los años de guerra, periódicos que conservaba, libros con párrafos clave subrayados para ser retomados en la revista *Efemérides*. Era una investigadora por naturaleza, disciplinada y estudiosa.

Uno de los compañeros que siempre colocaba en los hitos de la memoria histórica era Juan Chacón. Para ella, Juan fue una inspiración, una templanza moral, espiritual y revolucionaria. Lo conoció mientras ella trabajaba como obrera en la fábrica Molinos de El Salvador, luego siguieron en las luchas en la fábrica Diana.

Lo admiró por su inteligencia y sus habilidades para interpretar las situaciones políticas relacionadas con el sin-

³⁷ *Cfr. Efemérides*, El Salvador, 2020.

dicalismo y la lucha de la clase trabajadora. Juan Chacón no había estudiado mucho, pero hablaba y discutía temas jurídicos con las patronales y no se dejaba presionar o chantajear. Era autodidacta, se formaba constantemente con la lectura y en las discusiones colectivas. Al finalizar las reuniones con las patronales, en medio de tensiones y amenazas, Juan tenía la habilidad para no ceder y la capacidad de negociación sin venderse al patrono para lograr conquistas para los trabajadores.

Hacían sinergias con mi madre porque ella tampoco se dejaba. En las reuniones con las patronales, ella era la vocera. Si lo que ofrecía la patronal no resultaba favorable se retiraban de la mesa de negociación y se iban al paro, a las huelgas, cerraban las fábricas, solo así los dueños aflojaban un poco.

Ella siempre decía que Juan Chacón tenía una entrega a la lucha, a la clase trabajadora, una vocación de servicio y de sacrificio. No buscaba prebendas personales. No traicionó nunca los intereses de la clase obrera. Él era originario de fuera de San Salvador, había nacido de familia humilde. Mi madre conoció a la mamá de Juan y la sencillez de su familia. Esas razones hacían que se identificaran y respetaran mutuamente, pues eran de similar estatura humana. Juan Chacón (imagen 6) fue el secretario general del Bloque Popular Revolucionario (BPR). Recuerdo que, de pequeñas, mi madre nos contaba que habían asesinado a uno de sus grandes amigos. Lo asesinaron el 27 de noviembre



Imagen 6. Juan Chacón. Dirigente del FDR
Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen

de 1980 junto a otros dirigentes, entre ellos a Enrique Álvarez Córdova, secretario general del FDR. Estaban reunidos en el colegio Externado San José. Un escuadrón militar entró violentamente al recinto, los inmovilizaron y esposaron, les vendaron los ojos, los golpearon y se los llevaron con rumbo desconocido. Muchas personas fueron testigos, pues los asesinos montaron un operativo en los alrededores del

colegio e iban con vestimenta y armamento de uso militar. Sus cuerpos aparecieron al día siguiente en las proximidades del lago de Ilopango; tenían todas las evidencias de las inhumanas torturas. Fueron estrangulados y acribillados a balazos. De manera vil y descarada, la Brigada Anticomunista Maximiliano Hernández Martínez se responsabilizó del asesinato. Esa brigada era un escuadrón de la muerte que desaparecía opositores de izquierda, torturaba y mataba sin piedad.

La Comisión de la verdad para El Salvador³⁸ concluyó que este asesinato fue realizado por uno o varios cuerpos de seguridad pública y que la Policía de Hacienda realizó el operativo de seguridad exterior. Jamás se hizo justicia por estos asesinatos, jamás se resarcieron los daños. En la canción “Milonga del fusilado”, en la versión del grupo salvadoreño Yolocamba I ta, hay una voz de mujer que grita consignas; esa es la voz de Marta en el contexto del entierro de los dirigentes del FDR en noviembre de 1980. Cuando Marta hablaba de Juan Chacón lo hacía con respeto y a la vez con la tristeza de haber perdido tan tempranamente a un compañero de lucha como él.

Juan Chacón era un joven cuando empezó su lucha, tenía alrededor de 20 años y murió con tan solo 28. Se vino a trabajar a San Salvador en fábricas. En ese ambiente, logró identificar las necesidades de la gente, la opresión

³⁸ Comisión de la Verdad para El Salvador: ob. cit., pp. 55-56.

y la explotación a la que era sometida la clase trabajadora. Intuyó que era necesaria la organización sindical y sentó los primeros pilares para organizar sindicatos. Empezó a formarse políticamente, y aunque no tenía muchos estudios académicos, era un gran líder. Por cuestiones de seguridad y persecución política asociada a su militancia debía movilizarse entre varias casas de seguridad. A veces se quedaba a dormir en la casa de Mamatina. Ella lo conoció, conversaba con él, le hizo un espacio en su pequeña casa para que llegara a descansar, a dormir; le guardaba comida y café para cuando llegara; lo quería como a un hijo. Juan era sencillo y muy inteligente; con mi madre llegaron a ser grandes camaradas de lucha, se valoraban. En aquellos años, estas amistades eran a prueba de bala, de persecución, de riesgo diario ante las capturas y las desapariciones. Forjaron una gran amistad y camaradería llenas de respeto, de reconocerse mutuamente el liderazgo, la claridad y la fortaleza. Ella recuperó del olvido a ese joven combatiente.

Las nuevas generaciones debían conocer la historia del proceso revolucionario de nuestro país. Por eso, hablaba también de María Elena Salinas, una adolescente con quien mi madre compartió actividades y reuniones políticas. Era dirigente de la Unión de Pobladores de Tugurios (UPT). Marta contaba que María Elena era inteligente, de ojos vivaces, con ansias de lucha, intensa, decidida, aguerrida, sencilla. Se organizó a temprana edad. Era estudiante de origen humilde. Fue asesinada, ametrallada en abril de 1979 en plena calle, en los alrededores del parque Cuscatlán, en

San Salvador. Tenía tan solo 16 años. De Elena, como de muchas niñas y mujeres que ofrendaron su vida durante la guerra civil salvadoreña, no existen registros en la historia; están casi invisibilizadas. Mi madre era de las pocas a las que yo le escuché hablar siempre de Elenita; y a los compas de Yolocamba I Ta, por supuesto, en su linda canción “Homenaje a María Elena Salinas”.

Gracias a esa insistencia de Marta y de otras personas por rescatar la memoria histórica, el FMLN dio vida a la revista *Efemérides*. Desde luego, una de las principales colaboradoras era ella, quien siempre andaba buscando información, escudriñando libros, buscando periódicos viejos, preguntando a otras personas, exigiéndole a su propia memoria traer a cuenta los recuerdos que albergara en sus más recónditos caminos. Por eso, entre los principales aportes de mi madre a la memoria histórica es que nadie quedara en el olvido, siempre visibilizaba nombres de compañeras y compañeros que participaron en el conflicto y que eran anónimos, pero ella los rescató de ese anonimato para que se conociera y se supiese que una vez existieron y se incorporaron al proceso revolucionario. Marta colaboró con cada una de las publicaciones de la revista, tenía la disciplina de leer e identificar datos de eventos históricos que ocurrieron durante la Guerra y compartirlos con el equipo editorial de *Efemérides*.

Había un compañero con el que discutían con frecuencia (con camaradería) porque disentían en algunos planteamientos. Él, al verla llegar a las actividades y reuniones, con

su salud tan precaria, le decía: “¿Por qué venís, Marta?! ¡Ya no andés en esto!”. A lo que le respondía “¡A vos qué te importa, Julio! ¿Acaso vos me traes? En otras ocasiones, si el compa no iba a alguna actividad, ella le reclamaba “¡Julio, ¿por qué no fuiste a la actividad?! Y él respondía: “¡Porque ibas a ir vos en representación!”. Ella se enojaba y le decía: “¡Es que no se trata de que yo vaya! ¡Yo siempre iré, aunque me les escape a mis hijas!”. “Hasta esos recuerdos ahora los disfrutamos”, dicen los compañeros, porque formaron parte de la vida de Martita en ese espacio tan significativo de recuperación de la memoria histórica.

Dando vida a la cripta de San Romero

“Pedíle a Monseñor Romero”, decía siempre mi madre cuando alguien estaba en una situación difícil, tenía una fe inquebrantable en él. Ella se convirtió en una de las más leales guardianas de su palabra y de la herencia espiritual que dejó.

San Romero de América ocupó un lugar significativo en la vida de mi madre, como también en el pueblo salvadoreño. Cuando ella junto a otros compañeros sindicalistas estuvieron capturadas, Romero, quien en ese entonces era monseñor, se pronunció públicamente para que los liberaran. Ella contaba que en varias ocasiones se reunía con él, a veces, era un poco terco y no quería ponerse del lado de la causa. En otras ocasiones la regañaba por rebelde y a camaradas del sindicato para que desistieran de las huelgas.

Marta conoció distintas facetas de Romero: el indiferente a las luchas, el que empezaba a sentir empatía, pero aún no se atrevía a denunciar la represión que sufría el pueblo y el nuevo Romero, el que pasó de ser empático a ser la voz del pueblo, la voz de los trabajadores reprimidos, de la Iglesia comprometida con la justicia social. En parte, ese cambio fue el resultado del asesinato del padre y amigo suyo, Rutilio Grande, en 1977.

Ese cambio a favor de la justicia le costó la vida a Romero. El lunes 24 de marzo de 1980 fue asesinado por un escuadrón de la muerte bajo la orden del mayor Roberto D'Aubuisson. Según concluyó la Comisión de la Verdad para El Salvador³⁹, organismo establecido por los Acuerdos de Paz de Chapultepec, el mayor D'Aubuisson dio la orden e instrucciones precisas a miembros de su seguridad para organizar y supervisar el asesinato. Ocurrió mientras daba su homilía en la parroquia Divina Providencia. Según el informe, este crimen simbolizó el mayor irrespeto por los derechos humanos y fue el preludio para la guerra abierta entre gobierno y guerrillas.

El entierro fue el domingo 30 de marzo. La Iglesia católica organizó una procesión multitudinaria para despedirlo. Pero también la CRM convocó para ese mismo día una enorme movilización, como manera de protestar y denunciar su asesinato. Esa fue otra fecha histórica en la vida del país y en

³⁹ *Ibíd.*, pp. 132-133.

la de mi madre. Fue el día en el que el Ejército salvadoreño envió francotiradores a apostarse en posiciones clave para disparar sin piedad y reprimir al pueblo desarmado. Hicieron estallar una bomba frente a la Catedral de San Salvador; según la Comisión de la Verdad, basada en datos de la embajada norteamericana, dejó como resultado un saldo de 27 a 40 personas muertas y más de 200 heridas⁴⁰.

Con el asesinato de Romero, el conflicto se agudizó en el país. La Comisión de la Verdad recibió denuncias sobre 2 597⁴¹ víctimas de graves hechos de violencia ocurridas solo durante ese año, 1980. El pueblo, que veía en Romero a un referente espiritual y una voz que denunciaba las injusticias, se sintió en orfandad. Ella también sintió que le arrebataban a un padre; el padre que nunca tuvo. Sintió la soledad llegar, y con ella la reafirmación de que el proceso seguía y su lucha también. Desde entonces, Romero la acompañó de otra manera, especialmente en los momentos más difíciles.

Ella hizo acción las palabras de Romero. Ya en el siglo XXI, organiza junto a otras compañeras la comunidad Monseñor Romero. Aquel lugar, en el sótano de la catedral salvadoreña, dio vida al pastor que la misma Iglesia le trataba de bajar perfil. Marta Segovia organizaba, junto a las compañeras y los compañeros de la comunidad, actividades y misas todos los domingos. No la misa oficial, sino un es-

⁴⁰ *Ibídem*, p. 20.

⁴¹ *Ibídem*, p. 22.

pacio en donde las reflexiones eran políticas. La primera eucaristía en la cripta la realizaron el 23 de mayo de 1999. Un grupo de mujeres, sin conocerse entre sí, atendieron un llamado que escucharon en la radio YSUCA en el que invitaban a los preparativos para el 20 aniversario del asesinato de Romero. Se presentaron a la Catedral Metropolitana para involucrarse en lo que con los años hilvanaría su camino colectivo. Por supuesto, Marta estaba en primera línea atendiendo esta llamada.

En la parte superior de la catedral el arzobispo de turno daba la misa oficial todos los domingos, leía de manera tradicional el Evangelio, repetían, como un acto mecánico lo escrito, pero abajo, en la cripta de monseñor, aquellas mujeres y hombres de la comunidad hacían una misa viva, activa, llena de agudas reflexiones sobre la realidad nacional y su vinculación con la Biblia. Aquellos curas eran ante todo de pensamiento autónomo, con una perspectiva política y humana para dar el mensaje.

Así comenzó el peregrinar en la cripta de Romero. Nunca se imaginaron estas mujeres que poco tiempo después la Iglesia, por orden del Arzobispado, intentaría cerrar este espacio. Con firmeza y liderazgo colectivo defendieron el espacio. Como dice Teresita, una de estas mujeres guardianas de la cripta: “Luego de comprobar que las que defendimos ese espacio éramos las mismas que iniciamos en el año 1999, nos permitieron seguir allí”. Con su determinación y perseverancia estas mujeres mantuvieron ese espacio.

Fueron ellas —y mi madre una de las protagonistas— quienes se plantaron para que no sacaran a monseñor de esa cripta. La Iglesia pretendía trasladar a Romero y cerrar ese espacio en el sótano de la catedral. La combativa Comunidad de la Cripta de monseñor Romero se movilizó para que esto no ocurriera.

A pesar de que por tantos años fueron amenazadas, acechadas con la presión del cierre del espacio, lograron que no lo hicieran. Marta, con su liderazgo que la caracterizaba, era el enlace con otras comunidades y con el partido FMLN para gestionar apoyos, asimismo, representaba a este colectivo en las convocatorias del movimiento social; todo para sumar apoyos y evitar el cierre del espacio. Había también algunos hombres en este esfuerzo, entre ellos Santiago, gran compa, que durante la guerra civil también estuvo organizado junto a su familia. Murió él y su compañera de vida en 2020 a causa de la covid-19; gente humilde que nunca buscó prebendas personales y lo dieron todo por la justicia social en el país.

Busqué a algunas de estas compañeras. Les pregunté cómo recordaban a mi madre y sin dudar lo dijeron: “Como militante de la humanidad”, como una mujer con valores y principios que siempre defendió porque los llevaba arraigados a su corazón, los practicó porque los sentía, los razonó, los reflexionó para construir cada una de las iniciativas y luchas que emprendía: como obrera, como antimperialista, pues siempre decía que los Estados Unidos estaban detrás

de muchas de las injusticias y de la explotación de nuestros pueblos; no confiaba en los gringos “ni un tantito”, como decía el Che Guevara. Según ellas, el legado de Marta para sus vidas fue la capacidad de armonizar la fe con lo político. Es decir, aprendieron a generar conciencia política a partir de reflexiones basadas en una fe cuestionadora, comprometida con causas sociales para construir un país con justicia a favor de las clases excluidas.

Una de estas compañeras dice que Martita se caracterizó por su solidaridad. Sus limitaciones físicas o económicas nunca fueron impedimento para compartir lo material y, sobre todo, compartir sus energías y su convicción. Por iniciativa de Marta, organizaban visitas a comunidades en pobreza extrema, llevaban víveres, medicamentos, visitaban personas enfermas. Fueron años difíciles entre 2005 y 2015, tiempos de muchas batallas para estas mujeres de la Comunidad de la Cripta, pero cerraron filas y Martita fue una inspiración para no desistir.

Finalmente, Romero fue canonizado el 14 de octubre de 2018. He pensado que su canonización de alguna manera es para alejarlo de lo terrenal, de lo que significa la historia y su vida como hombre espiritual. Cuando la gente admira los santos, los ve distantes, sublimes y únicos, en vez de verlos como un mortal con grandes valores y principios que estuvo en la tierra demostrando que se puede ser una mejor persona cada día. Marta hubiese estado feliz con su canonización.

La Comunidad de la Cripta aún está en pie, firme, siguiendo el legado de Romero y el ejemplo de mi madre. Para ellas, según lo ratifican, es necesario honrar la memoria de Martita dándole continuidad a sus sueños de libertad y dignidad.

Llegue cuando quiera, siempre la esperaré

*Si yo me muero,
yo no quiero ver a nadie llorar,
sino que me toquen la música,
porque me voy a ir a vivir
en la estrella azul.*

José Martí

Hacia años le habían diagnosticado insuficiencia renal. Marta, siempre fuerte, aprendió a convivir con la enfermedad. Sin embargo, su vida cambió desde que lo supo. Por tanto, aquel cafecito rico que siempre disfrutaba con pan y tomaba con frecuencia tuvo que ir disminuyéndolo. A pesar de su salud, siempre estuvo en una danza con la vida y con la alegría de vivir.

En El Salvador, sobrellevar una enfermedad crónica no es fácil. Debes enfrentarte a la dura realidad del deficiente sistema de salud. Si bien su proceso médico lo llevaba en el Seguro Social la realidad no era diferente a los servicios públicos. En cada consulta, ella lamentaba ver cómo muchas personas eran desatendidas, a veces sin encontrar los medicamentos en la farmacia del hospital. Aun en esos momentos, de ella brotaba solidaridad y empatía, trataba de apoyar a las demás personas.

Con angustia, nos contaba cuando se enteraba de que alguna de las personas que había conocido en el hospital

había muerto de esa enfermedad. Nosotras le dábamos ánimos y ella siempre volvía a sacar fuerzas de acero. Rosario era quien la acompañaba la mayor parte del tiempo a las consultas médicas. Estuvo tan cerca de ella, vivió las dolorosas inyecciones que le ponían en sus delgados brazos y aquellos moretes que tardaban días en sanar.

A pesar de su salud quebrantada, nunca dejó de militar y de confiar en el partido FMLN. En cada elección, estaba desde bien temprano en la madrugada en el centro de votación con su chaleco rojo, lista para la defensa del voto y cantando el himno del FMLN. Apoyó sin dudar las campañas electorales, creía que otro país sería posible, que lo que no se había logrado con la lucha armada podía concretizarse o al menos avanzarse por la vía política-electoral. Nada la detenía.

De igual manera, siguió brindando sus aportes en la Secretaría de la Memoria Histórica, organizaba actividades junto con otras compañeras y compañeros. Cuando le tocaba dar palabras para algún acto conmemorativo, nos pedía que revisáramos sus notas. Nunca tuvo buena caligrafía y descifrar aquellos grafos etéreos no era fácil, pero siempre era un aprendizaje. Ella tenía un pensamiento lúcido, crítico, claros posicionamientos abonados con la historia de la que ella había sido testigo. Para ella, desde su sencillez, revolución significaba justicia, que todas las personas tuvieran comida, salud, una vida digna, sin explotación, así lo resumía. Cada una de sus palabras se fundamentaba con

esos trozos de historia que compartía con las nuevas generaciones, con las juventudes. Por eso, conservamos una frase que un grupo de jóvenes escribió en su honor: “Que linda la gente que tiene memoria: gracias Martita por tus luchas, compromisos, amor a las comunidades eclesiales de base, y por la amistad y el amor que compartió con todas y todos nosotras/os”.

La vida es tan enigmática, a veces cierra ciclos casi con tanta exactitud. Mi madre nació en un soleado día de abril. Ingresó al hospital el día jueves 19 de abril de 2018, por la mañana. A partir de ese momento, sus cuatro hijas estuvimos con ella sin despegarnos. La vimos dormida y le hablábamos, le cantábamos al oído. Yo le contaba historias. Le decía que afuera había más gente de visita que querían verla. Todas sus hijas la arrullamos. Sus nietos, sus nietas, los yernos, las amistades de la Comunidad de la Cripta de Monseñor Romero llegaban a visitarla, estaban pendientes de ella. Fueron cuatro eternos días en los que vimos su dolor. Sus ojos cerrados. Estaba conectada a un respirador artificial. Recuerdo aquel sonido con el conteo de los latidos de su corazón. Siempre estuvimos alertas de ese conteo, no queríamos que se detuviera nunca.

Mientras la observaba, pensaba en el dolor que debió sufrir en 1990 al verme a mí postrada en un hospital luchando entre la vida y la muerte a causa de una herida de bala. Su niña, su adolescente de 17 años estaba a un paso de morir. ¿Qué pensamientos habrán inundado su mente?, ¿habrá

llorado sobre ese cuerpo inconsciente?, ¿habrá maldecido una y mil veces la guerra?, ¿habrá querido ella ocupar mi lugar para salvarme? ¡Cuán fuerte habrá sido su dolor de madre, su impotencia! Y, sin embargo, estuvo erguida siempre junto a mí.

Nosotras dormíamos en las bancas duras de aquel hospital. Teníamos mochilas con lo esencial: agua, abrigos, jabón, pasta dental y papel. Nuestros hijos nos llevaban comida; la verdad es que todas habíamos perdido el hambre. Estábamos siempre atentas a las voces del altoparlante, que a veces decía “Código rojo”, avisando que alguien estaba falleciendo. Con la ayuda de una amiga habíamos logrado un permiso especial para quedarnos sus cuatro hijas día y noche, sin despegarnos de ella. Para el resto de pacientes la visita duraba solo un momento dos veces al día. Esto, por ejemplo, debería de cambiarse en el sistema de salud; las personas tienen derecho a una muerte digna, a estar acompañadas de sus seres queridos en esos últimos momentos. En un escenario ideal, al menos una persona debería estar ahí presente, acompañando ese momento tan difícil y no dejar sola a la persona amada. Cuando la ingresamos aquel día en ese hospital pensábamos que sería otra de sus batallas de la cual saldría victoriosa.

Nos turnábamos para estar junto a su cama pendientes de ella. No queríamos separarnos de ella por temor a que, a nuestro regreso, ya no estuviera. Fueron días de agotamiento físico y emocional. Cuando nuestras amistades nos pre-

guntaban “¿Cómo está tu mamá?, ¿cómo sigue Martita?”, no podíamos mentir, hubiésemos querido decirles “Está mejor. Ahora ya abrió los ojos, nos ha hablado, nos ha abrazado, ha vuelto a comer, ya le quitaron el respirador, el sue-ro. Ahora cantó, se rio, abrazó a sus nietos y nietas”. Eso deseábamos. En cambio, nuestra respuesta era real: Sigue mal, muy mal.

Recuerdo que en algún momento me acerqué a su oído y le dije: “Madre, ya no sufra. Por favor, váyase en paz. Nosotras estamos juntas, cuidaremos a sus nietos y nietas. La amamos. Seguiremos unidas siempre”. Quería decirle algo más dulce: “Madre, extiende sus alas, déjese llevar por la brisa, por el llamado de las estrellas, que le guardan un espacio y están ansiosas por recibirla”. Pero no pude, lo que me salió decirle fue más mundano. Traté de no llorar porque algo en mi interior me decía que ella me percibía, notaría el llanto y el dolor. Respiré hondo y la abracé. Nuestro dolor no era nada comparado con el de ese ser gigante que era y es nuestra madre.

Esa noche de domingo de abril fue eterna. Recuerdo que llovió fuerte. Hizo viento frío. Yo estaba con gripe, me costaba respirar y me fui un momento al parqueo a encerrarme al carro. No pude descansar. Empecé a sentir asfixia, ganas de llorar. Sentía la presencia de mi madre, junto a mí. Llovía fuerte. Supe que el momento del adiós se acercaba y que ella llegó a despedirse de mí. Tuve miedo de su partida. Una honda tristeza habitó mi ser. Me sentí sola como nun-

ca. Salí del carro y fui a esperar mi turno para relevar a mis hermanas. No les comenté lo que acababa de experimentar para no atormentarlas más. La vimos en sus últimas horas, agotada tal vez de luchar, o tal vez entregada ya a ese túnel oscuro que la llevaba a la luz para la eternidad.

En esos días había estado recordando también cuando murió nuestra abuelita Mamatina; entonces mi madre se desplomó. La recuerdo con nitidez postrada ante el cuerpecito inerte de mi abuela. Aquella viejecita linda, de pelo blanco como un algodón, pequeña, delgada. Ese fue un dolor del que mi madre tardó años en reponerse. La resiliencia en las personas es extraordinaria, pero no es fácil. Mi hermana Milagro dice, como médica, que la muerte de mi abuela fue la dinamita que contribuyó a desatar la insuficiencia renal en mi madre, que esa pérdida complicó su salud. A esto le sumamos la cadena de hechos oprobiosos que mi madre enfrentó en su vida. La salud había sido generosa con ella.

“Vengan ya”, escribió Milagro en el WhatsApp para avisarnos de que mi madre estaba muriendo. Le tocaba su turno. La encontró en sus últimos momentos, pero justo para que Rosario, Iliana y yo corriéramos hasta la cama donde estaba mi madre. Ese pasillo fue eterno. Lo habíamos recorrido desde el jueves cuando la ingresamos, pero en ese momento se convirtió en un laberinto interminable. Mi corazón palpitaba tan fuerte. Mientras corría, recordé las veces que,

siendo niña, corría a sus brazos para abrazarla cuando llegaba de trabajar, cuando me lanzaba sobre ella y la besaba.

Esa mañana, correr significaba respirar rápido y llegar a tiempo para volver a decirle “¡La amo, madre! Gracias por todo lo que hizo por mí, por nuestra familia”. Ese pasillo era difuso. Era negarse a aceptar que el momento había llegado y que un trozo de nuestras vidas era arrebatado sin piedad por el frío ciclo de la vida. No podíamos ser egoístas y pretender retenerla en este mundo. Corría, repetía esa palabra de amor: Titín, Titín, pero se escabullía entre las ventanas del pasillo, entre los ladrillos de ese piso que no alcancé a contar.

Cuando era pequeña y aún pensaba que Dios existía, recuerdo que mi única petición siempre era: “Dios, te pido que, por favor, cuides a mi mamá. Que no le pase nada, que siempre regrese a casa. Por favor, que no la capturen. Por favor, que nunca se muera. Por favor, que venga ahora en la noche. Te prometo que me voy a portar bien, pero que ella nunca se muera”. Cuando se es niña todo es tan enorme, y el miedo a perder a la madre aterraba mucho. Nunca se lo decía a nadie, pero a esa edad las cosas se ven con tanta imaginación que pensaba que, tal vez, si me portaba bien mi madre viviría para siempre.

Se va el cuerpo, pero nunca el ejemplo de su vida. Cuando mi madre murió, el dolor nos inundó como una noche oscura y sin estrellas. El 23 de abril de 2018, el año de la canonización de Romero, aproximadamente a las 6:37 de la mañana, mi madre nos dio su última sonrisa. Es una de

las fechas y horas más tristes de nuestras vidas. Murió en medio de nuestros besos y abrazos. Estuvimos presentes sus cuatro hijas, hasta su último respiro. La vimos alejarse con una expresión de paz, serenidad, amor, de agradecimiento a la vida.

Nosotras lloramos. La abrazamos. Nos abrazábamos. Sentíamos la impotencia y la fragilidad de la vida. El peso de la muerte. Cierro los ojos y veo su cuerpo ya sin vida. Lloro. Siento rabia, tristeza, agradecimiento. Una mezcla de emociones

Escribir esta parte ha resultado difícil, ha significado trasladarse a esos días de agonía y de impotencia. Hay vacíos que no podrán llenarse. Es cerrar los ojos y ver su sonrisa eterna, sus manos suaves acariciando mi cabello. Hay dolores que, aunque se asimilen, arderán siempre como un fósforo encendido entre los dedos que solo lo compensa saber que su vida fue de coherencia entre su pensar, sentir y actuar.

Dar la noticia a nuestra familia y amistades no fue fácil. Cómo decirles. Eso era enfrentarse a la realidad y en esos momentos no fluye nada. Sin embargo, tuvimos que hacerlo. Había que aceptar ese ciclo. Fue impresionante todo el funeral. Una enorme cantidad de personas llegaban a despedirse de ella, lloraban, expresaban sus palabras de agradecimiento por todo lo que mi madre había compartido. Reafirmaban que fue ella quien los había organizado. Las compañeras de la comunidad de la cripta de Romero

llevaron una guitarra y cantaron las canciones que a ella le gustaban, con las cuales había generado conciencia en ellas.

Daban testimonio de su estatura moral. Llevaban flores. Fue todo un homenaje a su vida. Se oían consignas y con el puño izquierdo en alto gritaban: “Marta Segovia... ¡Hasta la victoria, siempre!”. Era tan reconocida y querida que algunos periódicos alternativos, sacaron notas sobre su deceso en las cuales destacaban muchas de sus cualidades como mujer revolucionaria y obrera, fue una manera de honrar su vida. El 10 de octubre de 2020, en el 40 aniversario del FMLN, la militancia de Ayutuxtepeque le rindió un homenaje póstumo y nos hicieron la entrega de un reconocimiento. Su vida entera fue un ejemplo de fuerza, de perseverancia, de dedicación, de amor, de exigencias, de coherencia. Ella aportó de distintas maneras para que en el país tuviésemos mejores condiciones de vida, para erradicar la pobreza, y para construir espacios democráticos. Hizo trabajo de hormiga organizando y movilizándolo al pueblo, llevaba el mensaje de justicia y amor a cantones y comunidades remotos. Nunca esperó nada a cambio, nunca ambicionó cargos de poder, ni aspiraciones materiales; su lucha fue genuina. Todo lo que hizo, fue por amor a su pueblo, por solidaridad, por formación ideológica y principios revolucionarios bien cimentados.

La he visto aparecer tantas veces en mis sueños. He sentido sus abrazos, he disfrutado su mirada, su sonrisa. Ella estará en nuestras vidas siempre, en la familia que tejió con

sus más finos hilos: el amor, la armonía, el respeto, el perdón, la tolerancia... y tantas otras hebras de seda que tenía en su corazón. Uno de los sueños que se me quedó grabado lo tuve el 23 de marzo de 2019. Salíamos de la casa donde ella vivía. Vestía muy linda, iba maquillada, con la sonrisa de siempre; detrás de ella estaba Mamatina en silencio. Al despedirse, me miró amorosa y me dijo: “Llego después a tu casa, hija”. Yo le respondí: “Llegue cuando quiera, madre, siempre la esperaré”. Y así será.

Nota de cierre y agradecimientos

En las entrevistas, todas las personas reafirmaron la singularidad y el ejemplo de Marta Segovia durante toda su vida; la congruencia con la que vivió día a día. Expresaban que “si ella estuviera aquí, estaría regañándonos”, regañando a mucha gente por las cosas que están pasando en el país y por todas las malas decisiones. Sin duda estaría organizando actividades de reivindicación y protesta por las vulneraciones a los derechos que se están viviendo indignada por el retroceso de tantas conquistas que se lograron como resultado de la lucha popular.

Extrañan a Marta Segovia porque una lección que les dio es no olvidar; recordar siempre los hechos y a las personas. En estos tiempos en los que se pretende borrar la memoria histórica, negar que hubo una guerra civil en el país, los Acuerdos de Paz, se requiere la dedicación, el compromiso con la historia de lucha salvadoreña, la mística para buscar en los libros, para preguntar a las personas que vivieron aquellos años. Eso era lo que hacía Martita, lo que les heredó.

Quiero agradecer infinitamente a las personas que dedicaron tiempo y amor para compartir las vivencias que tuvieron junto a mi madre.

A Miguelito Mármol —quien compartió tantas anécdotas, sueños, frases, momentos trascendentales junto a Marta— me expresó que Martita, por su estatura moral y su experiencia, llegaba a ser una amiga en quien confiaba también cosas personales, más allá de lo político. Para él, ella es una referente en su vida.

Teresita (Comunidad Monseñor Romero), a pesar de estar mal de salud, respondió mis preguntas con tanta paciencia, con tanto amor, admiración, sinceridad y respeto por Marta.

A Ruth, quien con su bella voz cantaba las canciones que le gustaban a Marta. A todas las compañeras de la Comunidad Monseñor Romero por honrar la memoria de mi madre.

Jubita, gran amiga de Marta. Se quisieron y se respetaron mucho como compañeras entrañables de las luchas sindicales y de todos los años que duró la guerra.

Julio Molina, con quien Marta discutía frecuentemente con gran camaradería y a la vez se tenían mucho cariño.

Rolando Mata, por sus recuerdos sobre mi madre, por el respeto, el cariño y por compartir documentos históricos que respaldaron datos en este libro.

Américo Araujo, póstumamente, por su dedicación en documentar parte de la historia de las luchas, sobre todo, de la conformación del FMLN. Algunos datos sobre el devenir del FMLN incluidos en el libro fueron retomados de un documento escrito por él, que circuló a nivel interno del Partido.

Carlos Clará, por su respetuosa manera de revisar y retroalimentar el texto.

Elena Freedman, primera persona y amiga que leyó el borrador de este libro. Elena dice que la canción “El hombre extraño”, de Silvio Rodríguez, siempre le recuerda a mi madre y se la dedica, claro, pensando en “la mujer extraña”.

Mis hijos, sobrinas y sobrinos, a quienes les pedí que hicieran el ejercicio de pensar y responderme cómo recuerdan a la Titín. No fue fácil porque la extrañan tanto y aún hay mucho dolor ante su partida.

A mis hermanas, porque leyeron el documento preliminar y lasforcé a recordar momentos de nuestra vida junto a mi madre. Aquellos años tan oprobiosos de guerra, de ausencias, de capturas, de clandestinaje; de soledades acumuladas, de silencios y miradas cómplices para no ser descubiertas como hijas de una revolucionaria, líder sindical combatiente de la vida.

Muy especial el agradecimiento al equipo editor de Ediciones UO, Universidad de Oriente de Cuba, en particular al Dr. Yorkys Santana, amigo y compañero, quien estuvo pendiente de la salud de Marta, fue empático y solidario

en aquéllos duros momentos. Y no dudó en respaldar este proyecto para visibilizar su vida.

A la Dra. Damaris Torres, brillante mujer, que aceptó la publicación de este libro de manera sororaria y con alto criterio profesional.

Anexo fotográfico



Concentración popular en Catedral Metropolitana de San Salvador. Mayo de 1980 exigiendo la libertad de camaradas capturados

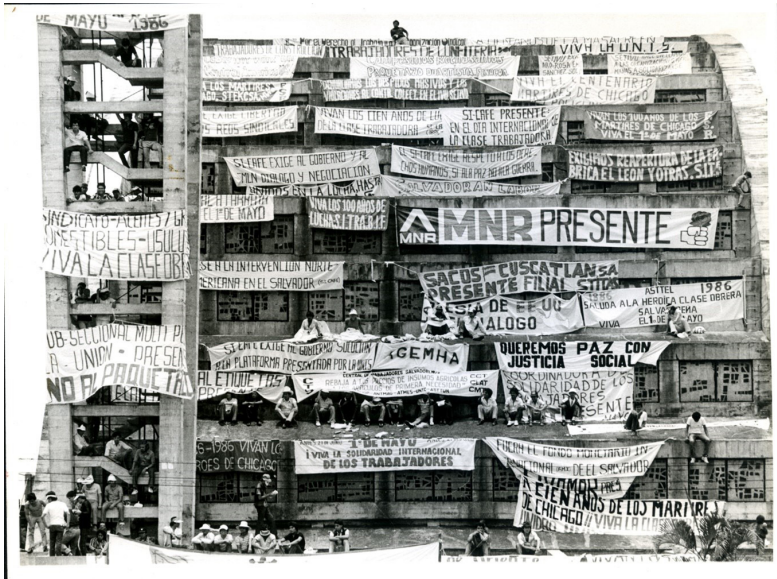


Concentración multitudinaria por la firma de la paz, 1992
Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen



Tanqueta de las fuerzas militares con las que reprimían al pueblo durante la guerra civil salvadoreña

Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen



Iglesia El Rosario, San Salvador tomada por las organizaciones sociales
Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen



Policía de Hacienda uno de los cuerpos represores durante la guerra civil salvadoreña

Fuente: Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen



27 de septiembre de 2013 en jornada de reflexión. Secretaría de la memoria histórica del FMLN



Marta Segovia rindiendo homenaje a los compañeros asesinados del FDR, entre ellos su amigo Juan Chacón



27 de noviembre de 2013, preparación de actividad conmemorativa en honor a los compañeros del FDR asesinados



9 de noviembre de 2016, junto a Piedad Córdova, San Salvador



Índice

Prefacio•9

Obsidiana•13

Angustia de no tenerte aquí•22

La Sección de Caín•52

La Benemérita Guardia Nacional•59

Laura Beatriz: vuelven tus alas a volar•60

La Titín•67

La memoria histórica y la cripta de San Romero de América•78

De la firma de los Acuerdos de Paz a la recuperación de la memoria histórica de El Salvador•78

Dando vida a la cripta de San Romero•90

Llegue cuando quiera, siempre la esperaré •97

Nota de cierre y agradecimientos•107

Anexo fotográfico •III

Este libro es más que la conmovedora historia de vida de Marta Segovia, luchadora salvadoreña, miembro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Es el testimonio de un pueblo que salió a las calles para conquistar su autodeterminación, que tomó las armas y luchó por la clase trabajadora oprimida.

Es la radiografía de una mujer, como otras muchas en El Salvador, silenciadas por la historiografía, que arriesgaron su vida, que sufrieron torturas, que se levantaron, que siguen alzando la voz. El valor de este volumen es recoger la historia reciente de América Latina, antes que de un plumazo se borre todo el proceso revolucionario de nuestros pueblos.

ISBN: 978-959-207-705-8



Ediciones UO